



la noche del dragón

de **burton hare**



Abrió la ventana y contempló el jardín, descuidado y sucio.

Después de tantos años, era la primera vez que volvía a ver lo que en su infancia fuera todo su mundo.

Ahora le pertenecía por completo.

Pero había cambiado.

Todo había cambiado radicalmente en esos años, incluso él mismo.

Y los vecinos.



Burton Hare

La noche del dragón

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1211

ePub r1.0

Titivillus 04-12-2019

Título original: *La noche del dragón*
Burton Hare, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Abrió la ventana y contemplo el jardín, descuidado y sucio.

Después de tantos años, era la primera vez que volvía a ver lo que en su infancia fuera todo su mundo.

Ahora le pertenecía por completo.

Pero había cambiado.

Todo había cambiado radicalmente en esos años, incluso él mismo.

Y los vecinos.

Tom Norman vio aparecer un chiquillo más allá del seto sin recortar. Aquel niño debía haber nacido mientras él luchaba en el infierno verde de las selvas...

Sacudió la cabeza. Era hora de olvidar, de sacudirse el rencor, la frustración y la amargura.

Salió al jardín y encendió el primer cigarrillo del día. Pensó una vez más que estaba fumando demasiado, seguramente a causa de los nervios, de la excitación provocada por el brusco cambio de vida.

El chiquillo del jardín vecino trotó hacia el seto y asomó la cara por entre el descuidado ramaje.

—Hola —exclamó—. ¿Vives aquí?

Tom asintió.

—No te había visto nunca...

—Llegué ayer noche.

—¡Oh, claro! ¿Cómo te llamas? Yo soy Johnny.

—Yo, Tom.

—¿Tienes niños?

—Estoy solo.

Era muy problemático que el chiquillo comprendiera todo el alcance de esa corta frase.

En la carita del pequeño se reflejó el más completo desencanto.

Entonces apareció un hombre en el porche vecino y el niño olvidó a su nuevo interlocutor para correr hacia su padre.

—¡Papá, papá!

Tom dio media vuelta y recorrió despacio sus dominios, aquel jardín donde tantos sueños se hallaban enterrados.

Oyó las voces de al lado pero no prestó atención a ellas.

Luego, vio al padre del chiquillo sacar un viejo coche y alejarse entre el petardeo de un motor asmático que estaba pidiendo el retiro a gritos.

Pasó la mayor parte de la mañana ordenando sus escasas ropas y efectos personales.

Titubeó cuando abrió la última maleta desvencijada. Contenía unos viejos pantalones parduscos que en otros tiempos pertenecieron a un uniforme. Luego, sacó el afilado machete y lo sostuvo en las manos mientras su imaginación retrocedía evocando unas escenas horribles...

Tras el machete apareció una enorme pistola automática de fabricación rusa. Era un arma impresionante que también estuvo contemplando abstraído, sobrecogido por las imágenes que evocaba en su mente.

Eran terribles recuerdos de una noche:

De La Noche del Dragón.

No pudo evitar una mueca al recordar. Finalmente, dejó el machete y la pistola en un cajón y lo cerró de golpe, deseando que pudiera encerrar también con la misma facilidad aquel terrible pasado que ya jamás habría de repetirse.

El sol pegaba fuerte cuando volvió a salir al exterior.

Para entonces, en el jardín vecino había una mujer espolvoreando unos rosales con un insecticida.

Ella le descubrió unos minutos más tarde y se enderezó.

—¿Es usted el nuevo vecino? —exclamó—. Me alegro mucho de que esté aquí. Daba pena ver esta casa tan abandonada...

—Me llamo Norman... Tom Norman.

—Yo soy Rina Gaillard. Creo que ya ha conocido usted a mi hijo esta mañana...

¿Norman? —murmuró de pronto—. El hombre que murió hace tiempo...

—Se llamaba Norman. Era mi padre.

—Comprendo. Lo siento.

El cabeceó, deseando terminar aquel diálogo que no conducía a nada.

Ella era una mujer de unos veinticinco años, esbelta, con un cuerpo prieto que encerraba en unos pantalones tejanos muy ajustados. La

blusa veraniega que llevaba anudada sobre el estómago aprisionaba unos senos agresivos y dejaba al descubierto buena parte de su piel dorada.

—Fue todo tan horrible... Oí decir que el hijo del señor Norman estaba en Vietnam, pero nadie parecía recordarle muy bien.

—Han pasado muchos años desde que me marché. La gente olvida con facilidad.

—Eso es cierto.

Pareció que eso cerraba el tema. El esbozó un gesto con la cabeza y se apartó del seto.

Entró para ponerse una chaqueta y cerrando la puerta se alejó calle abajo con su andar cansino.

La mujer estuvo siguiéndole con la mirada hasta perderlo de vista.

Estaba impresionada por el vacío que adivinaba tras aquellos ojos oscuros.

Unos ojos que habían impresionado a mucha gente antes que a ella. Como impresionaron al teniente Kelly, del departamento de Homicidios, cuando los vio por primera vez una hora más tarde.

—¿Usted es Tom Norman? —exclamó—. Siéntese...

—Creo que imagina usted el motivo de esta visita.

—Seguro. Nunca es agradable verse obligado a confesar un fracaso. Sin embargo, es lo único que puedo hacer.

—Lo sé. Pero quisiera conocer los detalles. Todo lo que sé hasta ahora, es que mi padre fue asesinado por un ladrón que revolvió toda la casa.

—Ciertamente. Y poco más hay que contar. Su padre sorprendió a alguien revolviendo en su dormitorio. Suponemos que en lugar de pedir ayuda se lanzó contra el intruso... y llevó la peor parte. Murió de una cuchillada. Luego, el asesino continuó revolviendo todo lo que quiso y huyó. Nunca pudimos descubrir la menor pista. No dejó huellas de ninguna clase ni jamás fueron localizados los objetos que robó, por lo menos los que estamos seguros que se llevó, naturalmente.

—¿Fue el único robo del vecindario?

—No hubo más. Créame, Norman; hicimos cuanto pudimos, se lo aseguro. Quizá algún día detengamos a alguien por otro delito y resulte que es el asesino de su padre. A veces las cosas suceden así.

—Quisiera una lista de lo que el ladrón se llevó, teniente.

—Se la enviaré, desde luego. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No lo creo.

—Le prometo que si alguna vez, no importa el tiempo que transcurra, averiguamos cualquier dato referente al asesinato de su padre, se lo notificaré. Yo tampoco lo he podido olvidar, ¿comprende? Todo fracaso, en mi oficio, es una espina que permanece clavada y duele de vez en cuando.

—Gracias, teniente.

Tom abandonó el gran edificio policíaco y deambuló por las calles del centro, sin rumbo, sin prisa, sin objetivo alguno. Miraba a su alrededor con estupor, sorprendido por el inmenso cambio sufrido por la ciudad durante aquellos años.

Comió sin apetito en un pequeño restaurante italiano. Luego, siempre caminando sin prisas, regresó a su casa.

El resto del día lo dedicó a poner un poco de orden en el desbarajuste polvoriento que era el interior de la vivienda.

Pero aquella noche, y a pesar del cansancio, no pudo conciliar el sueño. Como siempre, el sueño huía ante los recuerdos.

CAPÍTULO II

Rina Gaillard salió de la habitación de su hijo sin hacer ruido y murmuró:

—Se ha dormido.

David Gaillard ni siquiera la oyó. Estaba absorto ante una mesita, apurando un gran vaso de *whisky*. Su rostro pálido carecía de expresión alguna.

—David...

El sufrió un sobresalto.

—¿Qué?

—Parecías muy lejos de aquí. ¿Qué te ocurre?

—Nada.

—No puedes mentirme, querido. Hace semanas que pareces cambiado. No eres...

—Tonterías —replicó con brusquedad.

—Por favor, querido. ¿Qué te preocupa?

El apuró el *whisky* y dejó el vaso con tanta violencia que casi lo rompió.

—¡Nada! —gritó—. ¿Qué infiernos de manía te ha dado?

—Vas a despertar al niño, David.

—Lo siento... De todos modos, no me pidas que esté de buen humor.

—Pero ¿por qué?

—¿Y lo preguntas? No me dirás que nuestra situación es como para echar las campanas al vuelo... Ya te dije que..., que no habían querido concederme el aumento. Y las cosas cada día están peor.

—Eso no debe preocuparte. Hemos sobrevivido hasta ahora con tu sueldo, ¿no es cierto? —Trató de dar cierto humor a su tono, pero no lo consiguió—. Podemos seguir así una temporada. Después, ya veremos.

El la miró al fondo de los ojos.

Si tuviera valor para decírselo... Valor para sincerarse con ella, para descargar el enorme peso que gravitaba sobre sus hombros aplastándolo.

Pero, a pesar de su inmenso amor por aquella mujer, David no se atrevió.

—Johnny tendrá lo mejor de este mundo —murmuró tan sólo—. Y tú también, pequeña. No importa que hasta ahora no haya podido compensarte como te mereces...

—¿De qué estás hablando?

Él se levantó.

—Voy a salir, Rina.

—¿A estas horas? David, estás comportándote como un chiquillo de un tiempo a esta parte.

—Rina, yo...

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Tranquilízate. Yo nunca te he pedido nada que no pudieras proporcionarme. Algún día reconocerán tus méritos y te subirán el sueldo, ya lo verás. Eres el mejor hombre de este mundo, cariño...

Trató de besarle, pero él apartó el rostro y se desprendió de los brazos que se ceñían en torno a su cuello.

—Voy a dar un paseo. Espero que el aire de la noche me tranquilice...

—Te acompañaré.

—¡No! —gritó. Luego, conteniendo su voz, murmuró—: Prefiero estar solo para..., para pensar, eso es.

Salió precipitadamente, como si huyera.

Rina sintió un escalofrío de temor. Hacía días que David sufría. Hubiera querido averiguar por qué, aunque sólo fuera para intentar tranquilizarle...

David Gaillard anduvo hasta Center Square y allí tomó un autobús.

Abandonó el vehículo cinco paradas después y caminó por una calleja mal alumbrada en cuyas aceras se alineaban baterías de cubos de basura y una legión de gatos se agitaban de un lado para otro.

Torció la esquina y se detuvo.

Una sombra surgió como despegándose del muro.

—¿Gaillard? —murmuró la sombra.

—Sí. ¿Lo ha traído?

—Desde luego. —¿Y el dinero?

—Depositado.

—¿Cómo sé que es cierto?

—Puedo mostrarle el resguardo de la imposición.

—Quiero verlo.

La sombra soltó un gruñido. Después, le tendió una hoja de papel tamaño cuartilla de un color amarillento.

—Encienda una cerilla y léalo, pero después devuélvame. No deben encontrarle esto encima. —Está bien.

Gaillard siguió las instrucciones. Cuando devolvió el resguardo bancario sintió que sus piernas vacilaban.

—Deme la pistola de una vez.

—Espero que cumpla bien hasta el final, Gaillard. Si se vuelve atrás...

—¡Ya sé, ya sé!

Sintió en su mano el frío del metal. Apretó la culata y susurró:

—¿Está cargada?

—¿Usted qué cree? ¡Claro que está cargada!

—Lo haré —su voz se ahogó en una suerte de sordo gorgoteo.

Dio media vuelta y se alejó apresuradamente.

La sombra volvió a fundirse en la negrura de la esquina y todo fue silencio. Los pasos de Gaillard fueron amortiguándose en la distancia hasta extinguirse definitivamente.

Sólo que entonces ya no eran los pasos de un hombre. Eran los pasos de la muerte.

* * *

El viejo Strassmer, con su cara de ave de presa, ojos astutos y despiadados, se inclinaba sobre el libro de cuentas cuando oyó llamar a la tienda.

Refunfuñó, disgustado. Su negocio estaba siempre en funcionamiento, sólo le molestaba que le interrumpieran cuando pasaba sus cuentas.

Salió de la trastienda, atravesó el abarrotado local donde se amontonaban mil y un objetos procedentes de sus operaciones de empeño, y abrió la puerta.

David Gaillard entró, esperando que el usurero volviera a cerrar.

—¿Y bien, ha decidido ya?

El prestamista se frotaba las manos. Una mueca de codicia se reflejaba en toda su cara.

—Hice averiguaciones, señor Gaillard... Y es cierto que tiene pagados cinco mil setecientos dólares de la hipoteca de su casa.

—Entonces, ¿va a prestarme los mil que necesito?

—Ciertamente..., con la garantía de lo que lleva pagado de su vivienda, por supuesto.

—Ya le dije que estaba conforme.

—Entonces, venga conmigo... ¿Le advertí que los intereses eran semanales, señor Gaillard?

—¡Sí, sí!

—Tranquilícese..., voy a extenderle el pagaré.

En la trastienda, el usurero redactó el breve documento.

—Firme aquí —dijo después.

Gaillard firmó. Su mano temblaba.

—Voy a darle el dinero...

El viejo se inclinó ante una anticuada caja fuerte empotrada en el muro y la abrió después de mucho manipular en los diales.

Mientras lo hacía cacareó, riéndose:

—Si tiene malas intenciones respecto a mí, señor Gaillard, piénselo dos veces. En esta caja nunca hay más de mil quinientos dólares...

—¡Dese prisa!

—Está impaciente por gastar el dinero, ¿eh?

La puerta de la caja giró. El prestamista sacó unos billetes y los contó con todo cuidado.

Estaba a mitad de la operación cuando vio la pistola.

Se quedó helado, temblando, los ojos estrábicos.

—¡No se saldrá con la suya! —chilló—. ¿Cree que podrá robarme mi dinero? ¡Es mío, mío...!

La pistola pegó un salto en la mano de Gaillard. El estruendo retumbó igual que un trueno en el reducido espacio.

La bala, con su tremendo empuje, lanzó al viejo contra la caja fuerte. Su cabeza reventada casi desapareció en el interior por unos instantes. Después, el cuerpo fue deslizándose poco a poco y rodó a los pies del hombre que le había matado.

Gaillard le contempló con la mirada desorbitada, horrorizado.

No obstante, reponiéndose, tomó el pagaré y lo rompió en pedazos.

Tras esto, dejó caer los trozos en un cenicero de bronce y les pegó fuego. Viéndolos arder, Gaillard estuvo inmóvil como una estatua a pesar de oír los golpes en la puerta de la calle.

Dio un último vistazo al cadáver y giró sobre sus talones.

Cuando asomó en la tienda, la puerta de la calle recibió un feroz impacto y saltó a un lado.

Un policía de uniforme apareció en el umbral, luchando por recobrar el equilibrio.

Gaillard sacudió la cabeza. Él hubiera abierto la puerta de todos modos...

El policía le descubrió entonces. Vio la pistola en su mano y dio un salto atrás.

—¡Entréguese! —chilló, nervioso.

Gaillard casi se rió de él. Empezó a levantar las manos. Su dedo tiró del gatillo y la pistola rugió por segunda vez en esa noche. La bala, muy alta, hizo saltar el cristal del escaparate, a la derecha del agente.

Éste no hizo más preguntas. Disparó con su revólver de reglamento. Dos veces.

No falló ninguno de los tiros.

Gaillard rebotó contra la pared y luego cayó de bruces.

El policía, maldiciendo, entró, mientras tras él aparecía su compañero, también con el revólver en la mano.

El policía se inclinó sobre Gaillard, después de alejar la pistola de sus manos engarfiadas.

—No... debió... temer...

—¡Aún está vivo, Max! —chilló—. ¡Llama una ambulancia!

—¡No..., no..., así... he ganado mucho...!

Su voz se extinguió.

El policía se levantó, perplejo.

—Olvídate de la ambulancia —gruñó—. Ha muerto.

—Echa un vistazo ahí dentro. Yo me ocuparé de esos papanatas.

Lo que había en la trastienda no sorprendió demasiado al agente, que retrocedió hacia el teléfono y por encima del hombro le dijo al cadáver del usurero:

—¿Sabes una cosa, viejo cuervo? Yo siempre dije que algún día acabarías así...

Desde el portal, el otro exclamó:

—¿Qué dices? No te oigo bien.

—No hablaba contigo.

Descolgó el auricular y habló con voz neutra unos minutos.

Cuando terminó, en la acera se había reunido un grupo de curiosos cuyas voces entraban hasta donde se hallaban los cadáveres. Las piernas del policía no estaban muy seguras a pesar de todo. Matar a un hombre siempre le revuelve a uno el estómago. Aunque ese hombre haya disparado primero, con tan mala puntería que más pareció apuntar al techo que al agente... Sólo ahora, el policía pensó en todo eso y comenzó a sorprenderse de que alguien pudiera tener una puntería tan desastrosa en estos tiempos.

CAPÍTULO III

El teniente Kelly arrugó el ceño y miró a Norman con desagrado.

—Me pregunto qué está usted haciendo aquí —gruñó—. Si fuera abogado y representara a esta mujer lo comprendería, pero...

—Yo le pedí que viniera —intervino Rina Gaillard, conteniendo las lágrimas—. Cuando llegaron los primeros policías yo estaba sola con el niño..., una vecina se lo llevó, pero el señor Norman se ofreció a quedarse y se lo rogué. No podía afrontar sola esta pesadilla.

Kelly rezongó:

—Conforme, pero eso no le autoriza a intervenir en el interrogatorio.

Tom encendió un cigarrillo.

—No tiene usted ningún derecho a someter a la señora Gaillard al tercer grado.

—Su marido ha cometido un asesinato. ¿Le parece que eso me da algunos derechos?

—No contra ella.

—Sólo trato de poner en claro las razones que le impulsaron a matar. Norman. Suponemos que debía dinero a ese usurero y que en lugar de pagar le soltó un tiro.

Encontramos las cenizas de un pagaré que están analizando ahora en el laboratorio. ¿Sabía usted algo de eso, señora?

Ella sacudió la cabeza.

—Las cosas nos iban mal —murmuró—. David estaba desesperado, eso es cierto. No le habían concedido un aumento ni había trazas de que pudiera mejorar de posición. Vivía amargado..., pero nunca pidió dinero prestado.

—Eso lo comprobaremos cuando el laboratorio termine con esas cenizas. Por favor, tranquilícese —dijo, disgustado—. No pretendo causarle molestias innecesarias, sólo cumplir con mi trabajo.

—Podría usted aplazarlo hasta mañana, ¿no le parece? —masculló Tom.

—Muy bien, una pregunta más y lo dejaremos hasta mañana en mi

oficina... ¿Oyó a su esposo pronunciar alguna vez el nombre de Strassmer?

Rina negó con un gesto.

Luego musitó:

—Nunca.

—¿Ni siquiera por teléfono?

—No...

Tom se irguió poco a poco.

—¿Strassmer? —dijo—. ¿Es el nombre de la víctima acaso?

—Ciertamente. ¿Es que usted sí le conocía?

—Conocí a alguien llamado así... Strassmer —murmuró, como evocando algo muy lejano—. Aunque de todos modos no importa. El Strassmer que yo conocí murió una noche de infierno, en las selvas vietnamitas.

—La víctima de Gaillard no estuvo nunca en Vietnam. Además, contaba alrededor de setenta años.

—Una coincidencia.

—Sin embargo, no es un nombre muy corriente a mi entender... ¿Le importa que use el teléfono, señora?

—Está en el vestíbulo.

El teniente les dejó solos.

Tom Norman murmuró:

—Intente tranquilizarse, señora Gaillard. No tardarán en dejarla en paz.

Ella levantó la mirada. Sus hermosos ojos azules eran un mar de lágrimas.

—Es todo tan horrible..., mi pobre David...

—Debió obrar impulsado por la desesperación. Debió quererla mucho.

—Sí.

Hubo un largo silencio. Tom se preguntaba cómo podría largarse sin parecer grosero o descortés cuando el teniente Kelly regresó.

—Otra coincidencia —anunció, ceñudo—. El viejo buitro perdió un hijo en Vietnam, hace tres años.

—¿Está seguro?

—Se llamaba Bill Strassmer.

—El mismo. Yo lo vi morir ensartado en la bayoneta de un guerrillero.

—Se me ocurre que son muchas coincidencias, Norman.

Éste se encogió de hombros.

—¿Por qué? Murieron casi cincuenta mil hombres de los nuestros en aquel infierno.

Kelly estuvo observándole unos instantes fijamente, sin hablar.

—Seguiré investigando —gruñó después—. ¿Puedo contar con que acudirá usted a mi oficina alrededor de las diez, señora Gaillard?

Ella asintió con un gesto. El policía murmuró una despedida y salió. Hasta mucho después de oír cerrarse la puerta de la calle no habló la mujer:

—Gracias por su compañía, señor Norman. Tengo el presentimiento de que, de ahora en adelante, voy a encontrarme muy sola...

—Tiene usted amistades. La ayudarán.

De nuevo, Rina le miró por entre sus lágrimas.

—Mi marido fue un asesino. Eso levantará una barrera entre nosotros y la gente, ¿se da cuenta? No me importaría por mí... Puedo soportarlo. Pero Johnny...

—De cualquier modo habrá de seguir adelanté.

—Sí..., buscaré un trabajo. No sé..., estoy como perdida en un desierto.

El, incómodo, 110 supo qué responder.

—Es mejor que se acueste ahora —murmuró al fin—. Necesita descanso.

—Sí, gracias por todo.

Él se dirigió a la puerta. Antes de salir aún dijo:

—Llámeme si necesita algo. Ya conectaron mi teléfono, ¿sabe?

Ella asintió y quedó sola.

Una soledad fría, irreal, en la que la imagen de un asesino estaba presente, casi tangible.

Más tarde, desde su ventana a oscuras, vio la luz en la casa vecina.

Norman no se había acostado todavía.

Rina pensó también en él, en aquel hombre extraño, taciturno, de mirada vacía y fría y que no obstante se había colocado a su lado frente a la policía...

Las horas se sucedieron, lentas, oscuras, cargadas de tristeza y de presagios.

Y en la ventana del ex prisionero de Vietnam siguió brillando la luz el resto de la noche. Tom Norman se durmió al amanecer, sentado

en una butaca sin acordarse para nada de la lámpara encendida. Hasta que el timbre de la puerta le despertó, sobresaltado. Se levantó, jurando entre dientes. Apagó la luz y se encaminó a la puerta.

Kelly entró con cara de sueño. Su actitud delataba el cansancio de una noche de duro trabajo.

—¿Tampoco usted se ha acostado, Norman?

—Me quedé dormido en una butaca... ¿Qué es lo que pasa ahora?

—Le traigo la lista que me pidió. ¿Recuerda?

—¿A estas horas?

—Bueno, son casi las ocho.

El teniente le tendió una hoja mecanografiada. En ella había apenas tres o cuatro renglones escritos.

Tom Norman gruñó:

—Hay algo más en esta visita, teniente. Suéltelo y lárguese. No estoy de humor a estas horas de la mañana.

—Bueno, también se me ocurrió algo... Los Gaillard vinieron a vivir ahí al lado pocos meses antes de que su padre fuera asesinado. Y ahora, Gaillard ha cometido un asesinato.

Pudiera haber una relación.

Norman se quedó perplejo.

—¿Quiere decir que Gaillard asesinó también a mi padre?

—Pudiera ser. Era nuevo en la vecindad, y sus problemas económicos datan de muchos años. En realidad, era un fracasado. Falló en los estudios, perdió buenos empleos debido a su cortedad de carácter, a su extraña timidez, y al fin hubo de conformarse con un rutinario y mal retribuido trabajo en una oficina...

—No puedo creerlo. Un hombre como el que usted describe no es un asesino.

—¿Qué? Mató al prestamista, ¿recuerda, Norman? Lo mató de un tiro en la cabeza. Y eso sucedió esta noche pasada. ¿Era o no un asesino?

Tom sacudió la cabeza.

—Éste es su problema de todas maneras, teniente. Gracias por traerme esa lista..., aunque poco consiguió el ladrón por lo que veo. Una máquina de fotografiar vieja, un tocadiscos y una radio portátil...

—Y unos viejos cubiertos de plata —terminó Kelly—. Un botín

miserable a cambio de la vida de un hombre Eso nos hizo pensar desde el principio que no se trataba de un ratero profesional, sino de un aficionado que trató de dar un golpe de suerte y falló.

—¿Gaillard? No lo creeré en mil años.

—El, u otro por el estilo. Hemos analizado las cenizas de que le hablé. Correspondían a un pagaré firmado por David Gaillard, de eso no cabe duda, aunque no ha sido posible descifrar con certeza la suma ni la fecha..., aunque siguen trabajando aún. Al parecer, era de mil dólares.

—Como dije antes, éste es su problema, Kelly.

El policía suspiró resignadamente.

—Cierto. Dígame otra cosa. Norman. ¿Le habló Bill Strassmer de su padre alguna vez, mientras estuvieron juntos en Vietnam?

—Nunca. Era un hombre taciturno que no intimaba con nadie. Si alguna vez hablaba de su vida de civil, se refería tan sólo a lo que pensaba hacer cuando fuera desmovilizado. Creo que nunca pensó que pudieran matarle en la guerra. Era uno de esos tipos.

—Comprendo.

—¿Sigue preocupado por la coincidencia de esas muertes?

—Maldito si lo sé. Bien, con la lista en su poder, podrá comprobar si falta algo más que se nos pasara por alto a nosotros.

—Gracias, teniente. Si fuera así se lo diría.

Kelly se tocó el ala del sombrero y salió.

Tom dejó la hoja de papel a un lado, entró en la cocina y preparó café bien cargado.

Estaba saboreándolo cuando sonó el teléfono.

Lo descolgó, para oír una voz de mujer, profunda y suave.

—¿Tom Norman? —preguntó aquella voz—. ¿Hablo con Tom Norman?

—Si. ¿Quién es usted?

—Jennie Farrell. Quizá ha leído mi nombre alguna vez en los periódicos. Soy periodista, ¿sabe?

—¿Y qué?

—He planeado una serie de reportajes sobre los hombres que han regresado de las cárceles comunistas... Usted es a mi entender, el prototipo de los prisioneros liberados...

—No cuente conmigo. Enterré el pasado de una vez para siempre.

—Puede haber mucho dinero a ganar, Norman.

—Tengo el dinero que necesito.

—Puede tener más. El dinero nunca sobra, ¿no cree? Sólo concédame una entrevista para tratar de convencerle. Si no lo consigo olvidaré mi propósito, pero déjeme intentarlo por lo menos. Tom rezongó una sarta de juramentos. Antes que pudiera añadir nada concreto ella dijo apresuradamente:

—Estaré esperándole en el Ginger Room, a las seis de la tarde. Por favor, sólo venga a beber unas copas conmigo. Hasta luego, Norman...

Y colgó.

Él se quedó con el aparato en la mano, refunfuñando. Lo depositó en su sitio y regresó a apurar el café, que se había enfriado.

Había conseguido esquivar las nubes de reporteros que asaltaron a los ex prisioneros repatriados. Había huido del alboroto y la publicidad vocinglera y sensacionalista porque consideraba que sus sufrimientos, las torturas y la desesperación eran algo suyo que no deseaba compartir con nadie más.

Pero incluso así, salía ahora esa ensuciacuartillas con sus flamantes ideas de reportajes sobre un pasado que debía ser enterrado para siempre.

Sacudió la cabeza, disgustado. Al diablo con todo esto.

Sin poder contenerse, arrojó violentamente la taza contra la pared, donde se hizo añicos con estrépito...

CAPÍTULO IV

El hombrecillo salió del gran edificio y se detuvo en la acera.

Era de estañera menos que mediana, delgado y de cabellos ralos.

Su rostro tenía un tinte verdoso y en los ojos asomaba una mirada desorbitada, extraviada, como si en lugar de contemplar una de las mayores arterias de Los Angeles viera ante sí un recoveco del mismo infierno.

Ladeó la cabeza y dio una mirada aterrorizada a la placa de metal dorado que resaltaba entre otras muchas pertenecientes a los profesionales establecidos en el inmenso edificio.

Cuando echó a andar, sus piernas apenas podían sostenerle. Era la imagen perfecta del hombre derrotado, vencido por la fatalidad y el infortunio.

Caminó ciegamente, con pasos torpes, sin darse cuenta de cuanto le rodeaba, sin advertir con quiénes tropezaba o tropezaban con él...

Sin advertir tampoco al hombre que le seguía los pasos a corta distancia.

El hombrecillo se detuvo en una esquina, sorprendido en cierto modo de hallarse en aquel lugar desconocido. Después, orientándose, varió de rumbo con la angustia atenazándole el corazón.

Más tarde llegó al distrito donde residía. Un barrio sucio en el que nada recordaba la rutilante vida de la ciudad famosa en todo el mundo.

Allí vivía desde siempre. Allí, en ese ambiente, había nacido y crecido, trabajado y sufrido.

Y allí iba a morir.

Ahora ya lo sabía.

El hombre que le había seguido se detuvo cuando él lo hizo frente a un viejo edificio de apartamentos.

Una jauría de salvajes chiquillos pasó como un huracán. Casi le derribaron, pero él ni siquiera protestó, limitándose a agarrarse como pudo a la barandilla de las escaleras del sótano.

Vio cómo los chicos derribaban sistemáticamente los cubos de la

basura con un estrépito infernal, hasta que algunos tenderos salieron vociferando y enarbolando algún que otro bastón, cosa que los puso en fuga.

El hombrecillo recordó su infancia, transcurrida en la misma calle. También entonces las hordas de brutales muchachos sin escuela y sin ley aterrorizaban al vecindario, aunque él nunca les secundó. Siempre fue un tipo pacífico, tranquilo...

Aunque de poco le había servido, rumió con amargura.

Se disponía a entrar en el edificio para subir al apartamento cuando su perseguidor se le acercó. Cambiaron unas palabras, pocas.

El rostro crispado del hombrecillo expresó el más completo estupor, pero acabó por asentir y ambos echaron a andar hacia la siguiente esquina, por donde desaparecieron.

* * *

Tom Norman entró en el Ginger Room pasada la hora de la cita.

Su expresión ceñuda no se alteró ante el brillante espectáculo de una humanidad feliz y despreocupada. En realidad, después de sus años de infierno en los que olvido que existiera esa clase de vida placentera y brillante, podía contemplarla con absoluta indiferencia.

Miro a las mesas, donde las conversaciones se desarrollaban a media voz. No vio ninguna mujer sola y se encaramó a un taburete en la barra.

Apenas había pedido el primer *whisky* cuando ella llegó.

Era casi tan alta como él. Tenía curvas suficientes para marear a un piloto de carreras y su escote en forma de V se hundía tan abajo que daba vértigo.

Unos ojos verdes como esmeraldas le miraban sin parpadear.

—Usted es Tom Norman. Le reconozco por las fotografías que vi en los informes de repatriación.

—¿Señorita Farrell?

—Llámemme Jennie, ¿quiere? No soy tan vieja aún.

Se encaramó al taburete más cercano. Llevaba una minifalda que cuando se sentó pareció desaparecer dejando una extensión de muslos al descubierto suficientes para que nadie dudara de su rotunda perfección anatómica.

El los miró descaradamente. Luego, levantó la mirada despacio, recorriendo el resto de aquel cuerpo que era como soberbia cadencia musical.

—Es toda una exhibición —reconoció.

—Lo hice a propósito —sonrió Jennie.

—¿Qué hizo a propósito?

—Vestirme provocativamente.

—¿En honor mío?

—Desde luego. Es otra arma a emplear para convencerle.

—Ya veo.

—Invíteme a beber.

—Pida lo que quiera.

El vació su vaso y pidió otro. Siguió mirándola unos instantes, descendiendo su escrutinio esta vez hasta las largas piernas cruzadas que formaban un prodigio de armonía de líneas.

Ella le espetó:

—¿Lo aprueba?

—¿Qué?

—Todo lo que ve.

—No tiene desperdicio.

Jennie sonrió. Sus labios eran suaves y rojos. Los dientes brillaban, pequeños y perfectos.

Bebió el primer sorbo y luego dijo:

—¿Puedo superar a las muchachas vietnamitas?

—¿Cómo dice?

—Usted debe haberlas conocido bien. Es un hombre atractivo, rudo y viril. Imagino que ellas se volverían locas por hombres como usted. Lo que le pregunto es si yo puedo superarlas.

—A primera vista, sí.

—¿Sólo a primera vista?

—Para saberlo con certeza habría de verla sin ropa.

—Eso podría arreglarse.

—Arreglarse..., ¿en caso de llegar a un acuerdo respecto al reportaje?

—Por supuesto.

—¿Tanto le interesa escribirlo?

—Muchísimo, ciertamente. He pensado mucho ese tema, enfocándolo desde un ángulo nuevo.

—Y para ello estaría dispuesta a llegar hasta la cama.

Ella hizo un mohín.

—¿Siempre es tan brusco hablando?

—Yo no le pedí que viniera a escucharme.

—Está bien, está bien, me lo gané. Es usted un hombre amargado, resentido y todo lo que quiera. Pero es así como yo lo necesito para mi trabajo.

Tom bebió el segundo *whisky* hasta la última gota. Apoyó los codos sobre el mostrador y encendió un cigarrillo.

Por entre una nube de humo murmuró:

—Acepte un consejo, Jennie.

—Siempre acepto los consejos que no me cuestan dinero.

—Éste es gratuito... Olvídese de ese reportaje. Déjenos en paz, ¿entiende? Déjenos olvidar lo que quedó atrás para siempre. No hurgue en la herida porque sólo conseguirá pringarse las manos con la purulencia que queda en ella. ¡Déjenos tranquilos, usted y todos los demás!

—No grite o pensarán que somos un matrimonio bien avenido. ¿Qué le pasa? Son ustedes héroes nacionales. La gente tiene derecho a conocerles. «Quieren» conocerles tal como son, saber cómo eran antes de ser enterrados vivos en aquel infierno... y cómo han evolucionado después para mantener bien alto el pabellón de la patria y todas estas cosas.

—Pamplinas. Ni pabellón, ni patria... Sólo fue una sucia guerra de intereses e influencias, una sangrienta carnicería que avergüenza a todo ser humano medianamente decente. No busque héroes —repitió rechinando los dientes—. Sólo hombres, o despojos de hombres corroídos y amargados para el resto de sus días.

Por primera vez, ella le miró de forma distinta sin encontrar una réplica inmediata. Se refugió en su vaso y estuvo bebiendo silenciosamente unos instantes.

Luego murmuró:

—Cuanto más habla usted, Norman, más excita mi curiosidad profesional. Usted está resentido, amargado. Quizá se considera engañado también, y no me cabe duda que tiene sus buenas razones para estarlo. Bien... Enfoquemos el reportaje desde ese ángulo. Nada de héroes ni superhombres. ¿Entiende lo que quiero decir? Sólo hombres. Hombres lanzados a una guerra sucia y absurda. Sólo

hombres traicionados por una falsa propaganda triunfalista... ¿Se da cuenta? Estoy dispuesta a enfocar la serie desde ese ángulo si usted me ayuda y me asesora.

El sacudió la cabeza, escéptico.

Escriba usted algo así y nadie le publicará sus artículos. Y si encuentra alguien lo bastante loco para publicarlos, se verá metida en el mayor lío de toda su vida.

—Me arriesgaré.

—¿Por qué, por el dinero?

—Ésa es una magnífica razón.

—¿Es que tiene usted otras?

Se encogió de hombros.

—Usted no me comprendería. Pero, desde luego, podría pagarle a usted el cincuenta por ciento de lo que obtuviera por mi serie.

—Olvédelo —repitió Tom, ceñudo.

La muchacha suspiró.

—Es usted terco, ¿eh?

—Quiero enterrar el pasado, eso es todo. ¿Tan difícil es para usted comprenderlo?

—Está bien, Norman. Pida otro trago para mí.

Bebieron de nuevo, y después pidieron otra vez nuevos vasos y apenas si cambiaron una palabra en un buen rato.

Finalmente, la muchacha murmuró:

—¿Tiene usted familia, Norman?

—No.

—¿Qué piensa hacer de ahora en adelante? Va a serle difícil adaptarse de nuevo a una vida rutinaria y aburrida.

—No lo he pensado aún. Y hace usted demasiadas preguntas si no piensa escribir el reportaje.

—Dejaré de hacer preguntas después de la siguiente: ¿Va a invitarme a cenar?

Tom sacudió la cabeza.

—No ha desistido todavía de su propósito —dijo con un suspiro de impaciencia.

—Le aseguro que sí.

—Entonces, ¿por qué quiere cenar conmigo?

—Bueno, es usted un hombre interesante, ¿sabe? Toda esa amargura que lleva dentro como una carga de dinamita. El

resentimiento, la violencia apenas contenida... Si todo esto estalla alguna vez en brazos de una mujer será una experiencia inolvidable.

—Ya veo.

Ella sonrió.

—¿Sí o no?

—Elija el lugar —sucumbió Norman.

—Tiene que ser un sitio oculto, íntimo..., con suave música de fondo y sin luz...

—¿Su apartamento por ejemplo?

—¡Oh, no! Estoy hablando de la cena y yo soy una pésima cocinera. Creo que le dejaré que me lleve al Garden Club, sobre la costa.

—Espero que sea un antro lo bastante bueno para usted.

Llamó al mozo y pagó las bebidas. Luego dijo:

—Pediré un taxi y...

—¿Para qué? Tengo el coche ahí fuera.

Salieron y a pesar de todo seguían siendo dos perfectos extraños.

CAPÍTULO V

La mujer tenía un rostro caballuno, unos ojos pequeños y resentidos y una lengua afilada como la de una serpiente.

De eso último, el hombrecillo tenía sobradas pruebas, acumuladas durante años.

—¡Eres una basura, maldita sea! —vociferó en aquel instante.

El pareció encogerse sobre sí mismo. Ya empezaba otra vez. ¿No podía callarse? Por lo menos que se callara. Que permaneciera muda esa noche, sobre todo esa noche...

—¡Una basura! Otro en tu lugar le hubiera partido la boca a ese perro. ¡Te insultó, eso es lo que hizo! Te insultó y después estuvo burlándose de ti hasta cansarse. Y qué hiciste tú, ¿eh? Dime, ¿qué hiciste?

—Por favor, Marta...

—¡Vete al infierno! ¿Qué hiciste, puedes decírmelo?

El cerró los ojos tratando de abstraerse, de no oírla, de meterse tan dentro de sí mismo que aquella voz no pudiera llegar a sus oídos.

Pero llegaba, monótona, implacable.

Y precisamente en esa noche. Si se lo dijera se callaría, seguro.

¿O no?

Seguro que no. Marta no se callaría nunca. Llevaba demasiado resentimiento en el fondo de su pequeña alma. Demasiadas frustraciones, demasiados sueños muertos antes de nacer para que pudiera callarse.

Y el hombrecillo lo sabía y debido a todo esto no le guardaba rencor alguno.

—¿Ni siquiera te atreves a hablarme a mí? —le increpó sulfurándose otra vez—. ¿Cuándo vas a convertirte en un hombre de una pieza, desgraciado? No te das cuenta de la vida que llevo por tu culpa. Soy el hazmerreír de todas las mujeres del barrio. ¿Es que no eres capaz de comprender eso siquiera?

¡Dios, que se callara!

Si encontrara la manera de decírselo.

Pero era imposible. Sería peor.

—Pobre Marta —musitó en voz tan baja que pensó haber hablado sólo para sus adentros.

Pero ella le oyó perfectamente. Dio un respingo.

—¡Puedes decirlo bien alto! —rugió—. «¡Pobre Marta!». Claro que pobre Marta... Ni siquiera tengo dinero suficiente para comprarme un nuevo par de medias. Si tú fueras un hombre con pantalones no permitirías que tu mujer viviera en esta miseria. Pero yo debí suponerlo desde el principio... Siempre oí decir que eras el muchacho más torpe de todo el barrio, pero pensé que yo podría hacerte cambiar si me casaba contigo... y lo hice. Me gustabas, eso es cierto... Pero me equivoqué.

El la miró con ternura.

Habían sido unos años duros, llenos de desengaños, de fracasos, de recriminaciones sin fin. Pero se habían amado de algún modo. Por lo menos, él la había amado.

—Marta...

—¡Vamos, habla de una vez, no te quedes ahí como un perro mojado!

Todo se arreglará...

—¿Cómo, con un milagro?

—Algo así. Tendrás las medias... y todo lo que desees. Yo sé que no sirvo para mucho, pero...

—¡No me digas! ¿Para mucho? ¡No sirves para maldita la cosa! A veces me pregunto si no me casé con un vegetal...

El hombrecillo se levantó. Sus ojos de perro humilde y triste estaban húmedos.

—Yo siempre te he querido, Marta —susurró.

—¡Vete al infierno!

La miró.

No, no podía odiarla, ni guardarle ningún rencor.

Dio media vuelta súbitamente y salió del destartelado apartamento dejando a su mujer plantada con la boca abierta.

Estaba asombrada porque era la primera vez que él se largaba de aquel modo, dejándola en medio de uno de sus estallidos.

Cuando recobró la voz, el hombrecillo había cerrado la puerta y sus pasos desiguales resonaban en las viejas y chirriantes escaleras de madera.

—¡Ya volverás! —rugió llena de despecho—. ¡Ya vendrás, amiguito,

y entonces te diré un par de cosas que necesitas saber!
Sólo que ahí se equivocaba.
El hombrecillo ya no regresaría jamás.
Por lo menos, vivo.

* * *

La música era suave, como una caricia envuelta en la brisa nocturna.

La cena exquisita y el lugar el más discreto que Tom Norman recordaba haber conocido en toda su vida.

—No has hablado mucho desde que estamos aquí —musitó la muchacha cuando apuró el café.

—¿Era necesario hablar?

Más allá de la balaustrada que cercaba la terraza, al pie del acantilado, las olas chocaban con su incesante canto de vida. Hasta ellos llegaba su rumor chapoteando en las olas con alborotados encajes de blanca espuma.

—Pensé que te gustaría este lugar.

Tom asintió.

—Muy discreto.

—¿Eso es todo lo que te inspira?

—Hay algunas cosas más.

—Entonces, ¡maldita sea! Dímelas de una vez, búho.

—Supongo que las sabes de memoria. Deben habértelas repetido tantas veces que ya deben parecerle monótonas.

—Oye, Tom Norman —exclamó Jennie—. ¿Crees que escucho proposiciones deshonestas todas las noches?

Sólo de vez en cuando.

—Menos mal que no has dicho que, además, las acepto.

—¿Y es cierto?

Ella sonrió.

—Sólo de tarde en tarde. No soy una ninfomaníaca, si es eso lo que estás pensando.

—Yo no pienso nada. Acepto las cosas como son, eso es todo.

—Lo que equivale a decir que me aceptas a mí como soy... ¿Cierto?

—Jennie..., no soy el tipo que te conviene, ni siquiera para una noche.

—Yo opino de otro modo. Y ya no hablo del reportaje. Eso está olvidado. Pero quisiera despojarte de esa amargura, comprobar si puedo conseguir que detrás de tus ojos muertos vuelva a brillar un soplo de vida. ¿Te parece que es una tarea imposible?

—Por lo menos, muy difícil.

Jennie se inclinó hacia adelante por encima de la mesita.

—Déjame intentarlo, Tom.

—¿Por qué? Hace unas horas no nos conocíamos siquiera.

—No preguntes por qué.

El se levantó. Sentía una extraña zozobra como no había experimentado nunca.

Dio unos pasos y fue a acodarse a la balaustrada, viendo el mar allá abajo con la espuma deshaciéndose contra el acantilado igual que los sueños de los hombres contra la misma vida.

La muchacha se colocó a su lado.

—Tom...

—Tengo miedo, Jennie.

—¿Miedo tú?

—Ciertamente.

—¿De mí?

—Eso no lo sé.

—Mírame.

Se volvió poco a poco.

La penumbra ponía sombras de misterio en aquellos ojos verdes. Del hermoso rostro parecía desprenderse un halo de luz.

Casi sin darse cuenta, la estrechó entre sus brazos y su boca ardió en aquellos labios rojos con desesperación.

Fugazmente, mientras se sentía hundir en una vorágine de ansias contenidas demasiado tiempo, pensó en los largos años de infierno, en la soledad del dolor y la tortura, en la frustración de aquella porción de vida perdida en el pasado...

Después ya no pensó en nada porque estaba girando en el salvaje torbellino del amor y del deseo.

Jennie jadeó al apartar su rostro de aquel cepo que ardía como una llama.

—Por favor...

—Lo siento.

—Yo no. Sácame de aquí.

Cuando llegaron al coche él indagó:

—¿Cuál es la siguiente escala de este vuelo?

Un apartamento de Jeremy Street. Tengo una botella de *whisky*, hielo, café y camisones vaporosos.

—Todo un equipo.

El coche salió del aparcamiento, la muchacha hundió el acelerador y lanzándolo por la autopista que bordeaba la costa voló materialmente sobre el asfalto con el empuje de la impaciencia.

CAPÍTULO VI

El teniente Kelly leyó una vez más los informes que le habían llegado a última hora de la tarde.

Frunció el ceño, porque tenía la corazonada de que en todo aquello había una pista importante, sólo que si era así no podía aún captarla en todo su significado.

Al fin levantó el teléfono interior y dio una orden.

Minutos más tarde llamaban a la puerta y un agente uniformado asomó la cabeza.

—¿Me llamó usted, teniente?

—Entre, Flanagan. He leído de nuevo su informe referente al asesinato del viejo usurero... ¿Le importaría repetirme lo que sucedió? Ya sé que le parecerá absurdo, pero...

—Como usted quiera, señor. En realidad todo fue muy rápido. Y muy extraño, si puedo decirlo así. Primero oímos un disparo en la tienda. Nos dirigíamos a ella a causa de una llamada telefónica anónima, como ya consta en el informe. Bueno, oímos el disparo antes de llegar. Yo violenté la puerta después de aporrearla, y allí estaba el tipo mirándome como si viera al diablo.

—Siga.

—Le grité que se entregara. El pareció como si fuera a reírse de mí, levantó los brazos y al mismo tiempo disparó la pistola. La bala se fue al escarapate y entonces repliqué. Hasta después no me di cuenta de que el fulano era un tirador detestable. Su bala pegó a más de tres metros de mí, y a semejante distancia...

—Ése es uno de los puntos que quisiera aclarar. ¿Cómo es posible que ese individuo, Gaillard, disparara tan mal a esa distancia de usted, cuando al anticuario le acertó en plena frente?

—No me lo pregunte a mí, teniente. Lo único que se me ocurre es que el hombre estaba muy nervioso al verse descubierto.

Kelly esbozó una mueca de duda. Luego dijo:

—El pronunció unas palabras antes de morir. ¿Son exactamente las que usted ha hecho constar en su informe?

—Sí, señor, las recuerdo muy bien. Dijo: «No, no, así he ganado

mucho». Se refería a que no viniera la ambulancia o algo así.

—¿Qué demonios había ganado?

—Dos plomos en el cuerpo solamente —dijo Flanagan, con lógica aplastante.

—No podía estar pensando en los balazos... Entonces, ¿en qué?

El joven policía se encogió de hombros.

—Eso es todo, Flanagan, gracias.

Al quedar solo, Kelly descolgó el teléfono otra vez. Cuando le respondieron, gruñó:

—¿Qué hay de esa pistola, Graham? Tenéis tiempo de haber rastreado hasta el acero que emplearon en su fabricación.

—Seguro, y el rastro nos ha llevado muy lejos, teniente —le replicó una voz—. Se trata de un arma del ejército... Ese petardo vino de Vietnam.

Kelly pegó un brinco.

¿De Vietnam, seguro?

—Completamente. Se trata de una «Colt» automática, militar, registrada por el ejército y servida a las tropas de Vietnam. Cómo regresó aquí ya no es asunto mío.

—No, claro... Gracias.

Colgó, perplejo.

Se levantó, dando unos paseos de un lado a otro del despacho. Lo que danzaba en su mente no tenía ni pies ni cabeza, pero la corazonada que le hiciera prestar especial atención a todos aquellos informes seguía incordiándole.

Al fin, nervioso, abandonó el despacho, refunfuñando al pensar en las horas que habían pasado desde que debiera haber salido libre de servicio.

Maldijo el trabajo absurdo que había elegido y como le sucediera otras veces deseó haberse dedicado a criar gallinas en una granja lo más solitaria y aislada posible.

Su coche le esperaba en el sótano del inmenso edificio policíaco. Tomó el volante y condujo por entre el denso tráfico sin cesar de darle vueltas a lo que le preocupaba.

Al detener el coche vio luz en las ventanas de la casa de los Gaillard. Suspiró al pensar en aquella pobre mujer, pero eso no le detuvo.

Llamó a la puerta y esperó.

Rina Gaillard, muy pálida, con profundos círculos oscuros en torno a los ojos, le cedió el paso de mala gana.

—Ya presté declaración —dijo, ceñuda—. ¿No pueden ustedes dejarme en paz?

—No la molestaré mucho esta vez, señora...

—Termine.

—Usted declaró que nunca hubo una pistola en esta casa. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Pudo haber alguna escondida, sin que usted lo supiera?

—Lo dudo. Yo cuidaba de la limpieza, de ordenar los cajones... Hacía todo el trabajo. La hubiera visto alguna vez.

—Claro, claro. Y su marido nunca estuvo en Vietnam...

—¿David? —Rina le miró como si le creyera loco—. Hubiera muerto antes que tomar parte en una guerra.

—Lo que no le impidió pegarle un tiro a un hombre.

—Algo debió sucederle. Ya le dije que estaba muy raro los últimos días... Quizá enloqueció. Es la única explicación que se me ocurre.

—Tal vez. Bien, ¿juraría usted ante un tribunal que nunca existió una pistola en esta casa?

—Y con la mano sobre una montaña de Biblias.

—Eso es todo, señora. A propósito, ¿dónde está su hijo?

—Mi hermana se lo llevó. Ella vive en San Diego. Por lo menos allí estará lejos de la morbosa curiosidad de la gente...

Kelly se dirigió a la puerta. Al salir preguntó:

—¿Ha visto a su vecino esta noche?

—No, y no hay ninguna luz en la casa... Buenas noches, teniente.

Le cerró la puerta en las narices. Kelly no pudo sentirse ofendido por cuanto comprendía muy bien los sentimientos de aquella mujer. Regresó al coche y se alejó, perplejo. Encontrar el rastro de una pistola traída del Vietnam, donde las armas debían correr de mano en mano como una moneda falsa, iba a ser una tarea de locos.

Absorto con sus preocupaciones, el policía no descubrió la sombra oculta entre el seto del jardín de Tom Norman.

Una sombra agazapada, invisible casi en la oscuridad de una noche quieta y tranquila.

La sombra esperó pacientemente horas y horas, inmóvil, como si con el paso del tiempo hubiera aprendido a formar parte del

descuidado jardín, de sus sombras y de su quietud.

Luego, casi a la una de la madrugada, un coche se detuvo en la calle y apagó los faros.

Tom Norman descendió del vehículo.

—Me gustaría saber qué se le puede decir a una mujer en una ocasión como ésta —dijo, inclinado sobre la ventanilla.

Jennie sonrió.

—A estas horas, sólo «buenas noches».

—¿Quieres entrar? Aunque te anticipo que aquí no encontrarás camiones vaporosos ni bebidas exóticas. Sólo *whisky* barato.

—Si me decidiese a entrar no sería por el *whisky*. Y en cuanto a los camiones, Tom, de poco han servido.

—Entonces, decídete.

Ella titubeó.

—Quizá sea desafiar al destino, tanta felicidad en una sola noche. Gracias, querido.

—Jennie...

—No digas nada ahora.

—Sólo buenas noches. ¿Es eso?

—Sí. Y bésame una vez más antes de irme.

Él se irguió disponiéndose a rodear el coche. A la débil luz del tablier podía ver el hermoso rostro de la muchacha y sus profundos ojos verdes.

Entonces, tras él, la sombra del hombrecillo preguntó:

—¿Es usted Tom Norman?

—Sí. ¿Quién...?

Jennie gritó:

—¡Cuidado, Tom, tiene una pistola!

El obró por puros reflejos. Reflejos bien entrenados cuando le convirtieron en una eficaz arma mortífera, años atrás.

Dio un salto inverosímil en el instante que la pistola comenzaba a retumbar en plena calle.

Las balas hicieron añicos un cristal del coche.

Jennie chilló como una loca y luego su voz se apagó abruptamente, mientras Tom parecía rebotar en el suelo, y casi con el mismo movimiento golpeaba a su atacante con sus dos pies juntos.

El hombrecillo emitió un quejido y se derrumbó soltando la pistola.

Norman rodó a un lado vertiginosamente. Vio el arma en la acera y la atrapó de un zarpazo, levantándose como impulsado por un muelle.

¡Jennie! ¿Estás bien?

No hubo respuesta. Se inclinó sobre la ventanilla y lo que vio le golpeó con la fuerza de un mazo.

Del hermoso rostro no quedaba nada.

Era una masa aplastada y sanguinolenta, horriblemente destrozado por los impactos de los pesados proyectiles que casi habían decapitado a la muchacha.

Algo se desgarró dentro de Norman.

De nuevo, la borrachera de la muerte le penetró hasta las entrañas, aquel increíble vértigo inculcado en él y otros pocos elegidos, allá en las selvas.

Se volvió, apretando el arma en la mano. El hombrecillo empezaba a levantarse, quejándose amargamente.

Apenas sin darse cuenta de lo que hacía, Tom tiró del gatillo. La poderosa pistola rugió una vez tras otra, salvajemente sujeta en su mano que apenas si acusó los brutales retrocesos del arma...

El hombrecillo inició una extraña danza bajo los impactos. Aún estaba rodando empujado por los proyectiles cuando el percutor cayó en el vacío.

Sólo entonces Norman pareció recobrar parte de la cordura que había perdido al ver el rostro desmenuzado de Jennie.

Se volvió hacia ella, caída de costado contra la portezuela. El velo rojo que enturbiaba sus ojos apenas le permitió contemplar una vez más la sangre, los huesos rotos, toda aquella masa sucia que producía náuseas.

En alguna parte chillaba una mujer, y el silbato de un guardia se aproximaba velozmente. En las ventanas de toda Ja calle encendíanse luces y gentes despeinadas asomaban tratando de averiguar qué estaba sucediendo.

—Jennie...

Su voz se extinguió.

Todo su cuerpo estaba rígido como una tabla.

Era como si el pasado volviera de nuevo; un pasado de muerte, de violencia, de sangre, que parecía saltar a torrentes a su alrededor anegándole en una marea roja que no tenía fin.

—¡Suelte la pistola, rápido! —rugió una voz.

Se volvió. Sus ojos eran dos simas de las que parecían brotar llamaradas de ira.

El policía que le apuntaba con su revólver retrocedió un paso al verle el rostro.

—¡Voy a disparar! —chilló, asustado.

Norman parpadeó. Miró la pesada automática que sostenía entre los dedos y de pronto la dejó caer al suelo como si quemara.

El agente suspiró.

—Vuélvase de espaldas... Ahora camine hasta apoyar los dedos índices en la carrocería del coche... Así... Ahora retroceda un paso sin quitar los dedos de ahí...

Le registró antes de arriesgarse a ponerle las esposas.

Tras esto llegaron otros policías y la calle pareció convertirse en un festival.

Festival que duró hasta la llegada del teniente Kelly, a quien tampoco alcanzaría el descanso en esa noche de sangre y de muerte.

CAPÍTULO VII

—No lo repita —refunfuñó el teniente, paseándose de un lado a otro de la desordenada salita—. Usted perdió el control al ver muerta a su amiga. Muy bien...

—Es la única explicación que puedo darle.

—No convencerá a nadie, Norman. Usted le metió cinco plomos en el cuerpo a ese individuo.

—Disparé bajo los efectos de la ira. La visión de la sangre me hizo volver al pasado... ¡Oh, condenación!, no sé lo que pase: Disparé como un loco y eso es todo. No pude soportar ver aquella cabeza destrozada... Yo la había besado poco antes, habíamos estado juntos durante horas y horas...

—Volvamos al principio. ¿Seguro que el tipejo le preguntó su nombre antes de disparar?

—Absolutamente seguro. Y lo extraño es que su voz era amable, casi cordial. Me habría cazado sin ninguna duda de no haberme advertido la muchacha... Él se precipitó y disparó cuando yo estaba moviéndome. La mató a ella por error, ¿entiende?

—Eso está claro. Como también lo está que el fulano iba a por su pellejo, Norman. ¿Por qué? Usted acaba de llegar... Estuvo ausente durante años. ¿Qué vieja cuenta puede tener pendiente?

—Ninguna, eso es seguro.

—Entonces, ¿por qué ese tipejo quería matarle?

—No tengo la menor idea. Jamás le había visto antes de esta noche. Kelly le observó, dudando entre creerle o no. Al fin dijo:

—Está usted alterado. ¿No tiene nada para beber a mano?

—*Whisky*.

—Entonces, tómese un buen trago.

—Creo que le haré caso...

Kelly sacudió el polvo de una silla, que acercó a la mesita del teléfono.

Junto al aparato, sobre un pañuelo, reposaba la enorme pistola automática, limpia, de aspecto mortífero.

Hizo una mueca. Descolgó el auricular y marcó un número.

—¿Y bien, Graham? Habla Kelly.

—Me disponía a llamarle a ese número que me dio... Otro petardo que regresó del otro lado del charco. —¿Igual que la otra?

—Seguro. «Colt» automática, registrada por el ejército y enviada a Vietnam hace más de tres años, en uno de los primeros cargamentos de armas cortas que se remitieron después de la gran ofensiva comunista.

—Ya veo... Te la mandaré tan pronto regrese a mi despacho.

—Está bien.

Colgó, perplejo. De nuevo detuvo la mirada en la mortífera pistola que le planteaba otro endiablado problema.

Norman regresó con dos vasos. Kelly ni siquiera trató de echar mano al recurso de estar en acto de servicio, sino que agarró el vaso y lo vació de un trago.

Oiga, Norman...

—¿Qué?

—¿Se trajo usted algún recuerdo de Vietnam?

—¿A qué se refiere?

—Armas. Pistolas concretamente.

—Una «Tokarev» rusa y un machete. Fueron los trofeos que me quedé en mi primera acción de guerra. Cuando caí prisionero estaban en mi taquilla de Saigón y mis compañeros se ocuparon de conservarlo todo... ¿Por qué lo pregunta?

—Aquí está sucediendo algo muy raro... Las dos armas vinieron de Vietnam, y habían pertenecido al ejército.

—¿Se refiere a ese «Colt»?

—A ése y al que utilizó Gaillard. ¿Qué le parece?

—Absurdo.

—Las armas vinieron de allí sin ninguna duda. Y usted también. Y ahora han intentado matarle con una de ellas. ¿No se le ocurre nada?

—En absoluto.

Kelly esbozó una mueca de desencanto.

—Debe existir alguna relación —insistió, como hablando consigo mismo—. Ha de haberla... Ni Gaillard ni ese hombrecillo eran profesionales del crimen, y sin embargo supieron encontrar unas pistolas que sin duda se venden sólo a gentes que gozan de la confianza del hampa, o sea, a profesionales y por profesionales.

¿Cómo se las arreglaron?

—Va a ser un trabajo duro averiguarlo...

—Y usted que lo diga —suspiró Kelly, encendiendo un cigarrillo y recostándose en la silla—. A menos que el viejo cuervo las vendiera bajo mano a buen precio... Strassmer era capaz de vender a su propia madre si alguien le hubiese pagado lo suficiente.

—Eso significaría otro encadenamiento de casualidades, ¿no le parece?

—Tal vez, aparte de que Strassmer no era ningún tonto. No, esas pistolas se pusieron en circulación por otro conducto.

Tom no replicó. El dolor por la muerte de Jennie seguía torturándole. La muchacha había conseguido devolverle parte de sus ansias de vivir en las pocas horas que compartió su compañía y su amor, y había muerto precisamente por entregarle esa compañía y ese amor.

—Harry Pierce... —murmuró Kelly.

—¿Qué?

—Se llamaba Harry Pierce —dijo el policía—. Son los documentos que ese hombrecillo llevaba en el bolsillo. Un profesional jamás los hubiera llevado encima, dándonos facilidades. Me espera otra buena sesión con la viuda, porque aquí dice que estaba casado.

Eso le recordó a Norman la casa vecina. Dio un vistazo por la ventana y vio luces encendidas en casa de la viuda Gaillard.

Se levantó pesadamente. Tom preguntó:

—¿Cuál es mi situación ahora, teniente?

—Deberá prestar declaración ante el *coroner*, eso por descontado. Y le costará explicar sus razones para llenar de plomo a ese tipo cuando ya estaba desarmado después de haberle golpeado usted.

—Parece preocuparle más a usted esta faceta del asunto, que las razones por las cuales ese individuo quería llenarme a mí de plomo...

Kelly se encogió de hombros. De pronto se encontró fastidiado de tal modo que ni siquiera le quedaban ganas de discutir.

De modo que se despidió y salió. Desde la ventana, Tom le vio hablar brevemente con los agentes apostados en la pequeña verja del jardín y éstos reanudaron sus esfuerzos para alejar a los curiosos que todavía quedaban en la calle.

Regresó a la cocina para llenar otra vez su vaso.

Estaba saboreándolo cuando llamaron a la puerta. Abrió y se encontró con Rina Gaillard, a quien escoltaba un policía.

—Entre —murmuró.

El agente uniformado dijo:

—¿La conoce usted, señor Norman?

—Desde luego. Es mi vecina.

Cerró y escoltó a la mujer hasta la salita, cuya atmósfera olía a tabaco.

—Siéntese... ¿Quiere beber algo? Sólo puedo ofrecerle *whisky*, señora Gaillard.

—Gracias... Usted fue muy amable conmigo y he pensado que debía...

—No necesitaba molestarse. Es ya muy tarde y usted tiene todo el aspecto de necesitar un buen descanso.

—Quería hablarle...

—¿De qué?

Ella titubeó.

—No sé a quién decírselo, ésa es la verdad.

—¿Decir qué?

Rina le miró fugazmente a los ojos.

—No tengo derecho a preocuparle con mis problemas después de lo que usted ha pasado esta noche. La gente dice que querían matarle a usted y que..., que fue su amiga quien recibió los disparos. ¿Es cierto?

—Fue una desgracia ese error del asesino. Una muchacha a la que apenas conocía y murió por haber querido acompañarme a casa en su coche.

—Es terrible...

—¿Qué quería usted decirme?

Después de una nueva vacilación, la mujer murmuró:

—Hoy estuve en el Banco. Quería saber si nos quedaba algún dinero. Yo pensaba que debía haber en nuestra cuenta unos cien dólares o poco menos...

—¿Y no era así?

—No.

—Bueno, no comprendo nada, señora Gaillard.

—Había quince mil dólares —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Quince mil dólares?

—Ingresados hace una semana.

—¿Por su marido?

No pudieron decírmelo. ¿Qué cree usted que debo hacer? Jamás tuvimos tanto dinero, ni esperanzas de tenerlo siquiera. David ganaba tan poco...

—¿Lo sabe la policía?

—No me atreví a decírselo todavía.

—No tiene usted ninguna prueba de que ese dinero proceda de un delito. Quizá su marido se disponía a emprender un negocio..., o lo había realizado ya sin que usted lo supiera. No sé qué aconsejarle, pero yo en su lugar dejaría las cosas como están. Va a necesitar usted fondos mientras no encuentre un trabajo.

—Pero es una cantidad tan grande...

—Si está pensando que ese dinero puede ser el préstamo que el usurero le hizo a su marido, olvídelo. La policía ha comprobado que el pagaré que él tenía firmado era de mil dólares tan sólo.

—¿Está seguro?

—Completamente. Creí que se lo habían dicho.

—No me dijeron nada de eso. La última vez que vi a ese policía, sólo me preguntó si había visto una pistola en casa alguna vez.

—¿Y no fue así?

—Jamás. David odiaba las armas y la violencia. Sentía una aversión enorme a todo lo que significara violencia. Nunca quiso comprarle juguetes a Johnny que fueran más o menos bélicos. Cerraba el televisor cuando daban películas de crímenes o de *gangsters* para que el niño no las viera...

—Y, sin embargo, mató a un hombre.

—No lo comprenderé en todos los días de mi vida. Un acto tan horrible...

El pensó que lo mismo había hecho por su propia mano esa misma noche, y antes hubo muchas más noches en Vietnam en las que había matado.

Como si le adivinara el pensamiento, Rina levantó la mirada y susurró:

—Lo de esta noche es distinto, señor Norman. Por lo menos, eso pienso.

—Resulta absurdamente fácil matar —gruñó Tom—. Sobre todo cuando a uno le han sometido durante meses a un entrenamiento

feroz para enseñarle a matar con eficacia, de todas las maneras imaginables, sin conceder cuartel al enemigo... Ese adiestramiento cambia hasta las entrañas de un individuo.

—¿Eso es lo que hicieron con usted?

—Poco más o menos.

—Ahora aceptaría esa bebida, por favor.

El se apresuró a servirle un *whisky* con hielo. Después, encendió un cigarrillo y se hundió en una butaca, frente a Rina.

—Cambiemos de conversación —dijo—. ¿Cómo está su hijo?

—Bien... Se fue con mi hermana, a San Diego. Quiero mantenerle apartado de todo este terrible asunto.

—¿Y usted?

—¿Qué quiere decir?

—No puede encerrarse en su caparazón, sola en la casa horas y horas.

—Buscaré trabajo en el centro. Eso me permitirá estar lejos del vecindario durante el día y no tendré que soportar sus miradas cargadas de compasión unas o de morbosa curiosidad otras... Pero estoy abrumándole con mis problemas cuando usted está aún bajo el efecto de la muerte de su amiga.

—Al contrario, estando solo es cuando más me abruma lo sucedido. Rina Gaillardapuró el vaso y se levantó.

—Buenas noches, Norman —murmuró—. Es usted muy paciente conmigo.

—Eso se llama política de buena vecindad, ¿no cree? Y en cuanto al dinero que hay en su cuenta, piense que va a necesitar mucho usted sola para educar a su hijo.

En la puerta le estrechó la mano. Rina Gaillard tenía una piel suave y tersa de tibio contacto.

Tom Norman se estremeció al soltarla.

También la piel de Jennie había sido tersa y cálida y había ardido en sus labios durante unas horas locas que precedieron a la muerte...

CAPÍTULO VIII

Habían pasado dos días desde la muerte de Jennie cuando la idea le asaltó mientras desbrozaba el jardín.

Se detuvo en su tarea, intrigado por lo que acababa de ocurrírsele. Finalmente, abandonó definitivamente el trabajo de jardinero, guardó las herramientas y entrando en la casa se cambió de ropa rápidamente.

Instantes después llamaba en casa de Rina Gaillard.

Ella acudió a abrir y le sonrió.

—Pase... Le vi trabajar en el jardín. Está haciendo una buena limpieza, señor Norman.

—Sólo estaré un minuto. Dígame, señora Gaillard. Referente a ese ingreso en el Banco de que me habló...

—¿Sí? Continúe. Todavía no he hablado de eso con nadie más que usted.

—¿No pudieron decirle nada del hombre que lo realizó?

—En absoluto, y le aseguro que lo pregunté con insistencia.

—¿Tampoco sabían si el ingreso se había hecho en metálico o mediante cheque?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que está pensando?

—Concretamente, maldito si lo sé. Fue una idea estúpida que se me ocurrió antes...

Disculpe si la he importunado.

—En absoluto. ¿Puedo ofrecerle una taza de café? Estaba preparándolo para mí cuando usted ha llamado.

—En otra ocasión.

Le estrechó aquella mano cuya piel era como una caricia y salió de estampida.

Un taxi le llevó hasta la calle donde había vivido el hombrecillo que quiso matarle.

Sucia, maloliente, con hordas de chiquillos que al parecer no necesitaban escuelas para aprender a vivir bajo la ley de la selva...

Marta Pierce le observó a través de la rendija de la puerta.

Llevaba el cabello desgredado y sus ojillos chispeaban llenos de ira.
—¿Otro periodista? —graznó de mal talante—. ¿No cree que ya me molestaron bastante?

—No soy periodista, señora...

—Entonces es policía. ¿Qué se les ha ocurrido ahora? Ya sólo les falta acusarme de cómplice de mi marido.

—Tampoco soy policía.

—Entonces, ¿qué diablos quiere usted?

—Hablarle unos instantes.

—¿Sobre mi Harry?

—Sí.

Ella titubeó, hasta que, decidiéndose, le franqueó la entrada.

—¿Qué salgo ganando yo hablándole de mi marido?

Su cara afilada tenía una desagradable expresión avariciosa.

—Bueno, no lo he pensado..., pero creo que podría pagarle hasta cinco dólares.

Ella enseñó los dientes en una mueca.

—Los polizontes me dieron menos. Hable de una vez. —Voy a pronunciar tres nombres, señora Pierce. Todo lo que deseo es que me diga si su marido los pronunció alguna vez, aunque fuera por teléfono.

—Adelante.

—Strassmer.

Ella sacudió la cabeza negativamente, con energía.

—¿Gaillard?

—Tampoco.

—¿Y Tom Norman?

—Jamás, hasta que la policía lo nombró, oí ese nombre. Norman fue el hijo de perra que mató a mi Harry, pero aquí nunca él había pronunciado ese maldito nombre.

El controló su expresión y se apresuró a cambiar de tema.

—Dígame otra cosa, ¿tenían ustedes cuenta en algún Banco?

—¿En un Banco? Me gustaría que alguien me explicara cómo ahorrar dinero en el Banco, cuando el marido de una gana una porquería de sueldo que no alcanzaba ni a mitad de mes.

—¿Nunca utilizaron los servicios de un Banco? Trate de recordar, por favor.

—Desde luego que no. Bueno, a menos que se refiera usted a varios

años atrás, cuando Harry trabajó en una empresa que pagaban con cheques. Entonces abrimos una cuenta para ingresarlos, pero de eso hace muchos años.

—No importa el tiempo, si no anularon la cuenta.

La mujer se encogió de hombros.

—No creo que él se tomase la molestia de anularla nunca. Quizá quedasen en la cuenta algunos centavos...

—¿En qué Banco?

—El Shaving National.

Tom suspiró mientras encendía un cigarrillo. Tenía la esperanza de que el humo del tabaco venciera el apestoso olor que imperaba por todas partes.

—Va usted a hacer una llamada telefónica al Banco —dijo de pronto.

—Hasta ahora no he visto el color de su dinero, amigo.

—Después que haya llamado.

—¿Y qué he de decir?

—Sólo identifíquese, dese a conocer, y luego pida el saldo actual de su cuenta, eso es todo.

—Me mandarán al diablo. Si queda algo en la cuenta no pueden ser más que centavos, ya se lo dije.

—De acuerdo, pero compruébelo primero. No le cuesta ningún esfuerzo...

Ella titubeó. Seguramente pensaba en los cinco dólares, y Dios sabía cuánto los necesitaba.

—Me pedirán el número y la clave de la cuenta —murmuró—. Veré si los encuentro, aunque ha pasado tanto tiempo...

Se metió por una puerta y Tom la oyó revolver cajones durante un buen rato.

Cuando reapareció, traía un viejo libro de cheques.

Sin una palabra, descolgó el teléfono y marcó un número.

Le respondieron casi al instante.

—Habla Marta Pierce. Tengo una cuenta en ese Banco a mi nombre y al de mi esposo... ¿Cómo? Sí, claro... AZ 2517. Quisiera saber el saldo actual. Espero, gracias.

Miró de soslayo a Norman, como reprochándole por obligarla a hacer el ridículo con semejante llamada.

Instantes después prestó atención a la voz del teléfono.

Tom la vio ponerse rígida. Luego se tambaleó y hubo de apoyarse en la mesa con su huesuda cadera.

—¿Está... seguro? ¿No se trata de un error? No, claro..., pero me gustaría que lo comprobara usted otra vez... Por favor...

Mientras esperaba de nuevo, sus ojos azorados se posaron en su visitante. Había tal expresión de estupor en ellos que Tom comprendió que había acertado.

—¿Cuánto? —preguntó solamente.

—Quince mil ¡Quince mil dólares! —balbuceó con un hilo de voz.

El sacó un billete de cinco dólares y lo dejó sobre la mesa.

—Eso es lo que imaginaba.

Se dirigió a la puerta. Hasta que hubo abierto no exclamó ella:

—¡Eh, oiga, aún no sé su nombre, amigo!

—Tom Norman.

El auricular escapó de los dedos de la mujer y golpeó sobre el tablero de la mesa.

El cerró a sus espaldas.

La calle bullía de animación. Había casi tantos gatos como cubos de basura, y casi tantos cubos de basura como chiquillos vociferantes.

Anduvo durante un buen rato ensimismado, preguntándose quién podía estar convenciendo a desgraciados como Gaillard y Pierce para que se convirtiesen en asesinos a cambio de quince mil dólares.

Quince mil dólares que sólo disfrutarían sus viudas.

Hombres apocados, tímidos, fracasados y pacíficos. ¿Cómo podían convertirse en asesinos de la noche a la mañana?

Era absurdo. Además, ¿por qué pagar quince mil dólares a unos desgraciados para que cometieran un asesinato? Por menos de una tercera parte existían asesinos profesionales que harían el trabajo con mucha mayor seguridad y limpieza, eso lo sabía todo el mundo...

Cuando encontró un taxi se hizo conducir a la central de policía, donde preguntó por el teniente Kelly.

Le dijeron que estaba en los laboratorios y que esperase en la sala de detectives si quería verle.

Esperó fumando sin parar. Oía confusamente las voces de los policías de servicio, sus risas y sus chistes, aunque formaban para él como un sordo zumbido que viniera de muy lejos.

Fue necesario que uno de ellos gritara algo más para que él levantara la cabeza y les dirigiera una mirada distraída.

Eran hombres rudos, insensibilizados a fuerza de contemplar de cerca todas las miserias humanas. Pensó que se necesitaría algo muy especial para que aquellos individuos se alterasen lo suficiente como para perder su extraordinario aplomo...

—¿Usted quería ver al teniente Kelly?

La voz le sobresaltó.

—Sí —gruñó, levantándose.

—¿Su nombre?

—Tom Norman.

El meticuloso agente salió de la sala. Regresó tan pronto, que más pareció que había rebotado más allá de la puerta, y anunció:

—Entre, el teniente le espera.

CAPÍTULO IX

Kelly no pudo ocultar su estupor.

—¡Quince mil dólares a cada uno! —balbuceó—. Increíble.

—Alguien se los ingresó en sus cuentas sólo unos días antes de que cometieran sus atentados.

—No tiene sentido, Norman. Aunque reconozco que eso debió ocurrírseme a mí. Mi única disculpa es que siempre imaginé que esos dos hombres actuaron por motivos estrictamente privados. Mataron en una situación de apuro...

—¿Qué apuro, tratándose del que intentó matarme a mí? No nos conocíamos, y yo acababa de regresar después de años de ausencia.

—De todos modos no se me ocurrió que fueran asesinos pagados. ¿A quién podía ocurrírsele, hombre? Tímidos, débiles de carácter, fracasados a causa precisamente de su cortedad de carácter parecían incapaces de matar una mosca. Y de la noche a la mañana se convierten en asesinos, matan y se hacen matar. No —repitió, ceñudo—, no se me ocurrió.

—Ahora ya lo sabe. Trate de seguir la pista de quien ingresó esas cantidades en los dos Bancos, teniente.

—¿Pretende enseñarme cómo he de realizar mi trabajo?

Norman se encogió de hombros.

—Por supuesto que no, pero debe reconocer que me he apuntado un buen tanto esta vez. Debería reclamar los cinco dólares que invertí con esa arpía maloliente...

Kelly sonrió. Buscó en los bolsillos y gruñó:

—Terminé el tabaco. Deme un cigarrillo. Norman, por favor.

Mientras encendían los dos, Tom exclamó:

—¡Casi lo olvido otra vez! Comprobé la lista que me facilitó usted, teniente. Falta algo más, aunque tampoco se trata de cosas de mucho valor.

—De todas formas tomaré nota. ¿De qué se trata?

—De un marco de plata, de sobremesa. Lo recuerdo muy bien, y ahora no aparece por ninguna parte. También falta un álbum con una colección de sellos sin valor. La inicié yo cuando tenía once o

doce años y luego la abandoné, pero el álbum se quedó en el armario, olvidado de todos. Lo he buscado y tampoco aparece.

—¿Y no tenían valor los sellos?

—Ninguno. Ya sabe usted cómo se empiezan esas colecciones de chiquillos.

—Y el marco de plata, ¿era valioso?

—No creo que valiera mucho tampoco.

—Bien, lo añadiré a la lista. Le agradezco mucho su colaboración, Norman, de veras. —No me ha hecho usted la pregunta clásica.

—¿Qué pregunta?

—¿Quién tiene tantos deseos de verme muerto que es capaz de pagar quince mil dólares a un asesino?

—¿Tiene usted respuesta a esa pregunta?

—No, en absoluto.

—Lo imaginaba. De cualquier modo, o el tipo que despilfarra su dinero está rematadamente loco o nada en un mar de dólares. Hay matarifes profesionales que harían el trabajo por mucho menos dinero.

—Eso también lo pensé.

Kelly enarcó las cejas de pronto.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Ya sé por qué paga tanto dinero...

—¿De veras?

—El tipo es también un aficionado en las lides del crimen.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Se pueden encontrar asesinos hasta por dos mil dólares... Pero hay que pertenecer a su mundo para encontrarlos. Un hombre que no esté familiarizado con el hampa, que no viva en el ambiente del crimen, ¿cómo localizar a un asesino profesional? No se pueden pedir sus servicios por medio de un anuncio en los periódicos.

—Ya veo.

—De manera que sabemos que quien sea que esparce dinero no es un hampón.

—Una persona decente, ¿eh?

—Aparentemente sí. Ya hemos adelantado otro paso. Ahora me gustaría saber qué tiene contra usted y qué tenía contra el viejo buitro de la casa de préstamos. El único nexo de unión entre ustedes era el joven Strassmer, muerto en Vietnam... ¿Se le ocurre algo? Usted podría ayudarme si quisiera.

—No puedo, teniente. Todo aquello quedó enterrado de una vez para siempre y no tiene ninguna relación con lo que está sucediendo.

—Me resisto a creer eso. Dígame una cosa tan sólo, ¿sí?

—¿Qué quiere saber?

—La forma cómo murió Bill Strassmer.

Tom se estremeció.

—Fue en una noche de pesadilla. Él y yo pertenecíamos a una unidad entrenada especialmente para dar golpes de mano detrás de las líneas enemigas. Hicimos algunos trabajos muy buenos..., salvajes, sangrientos y brutales, pero muy buenos. Tuvimos mucha suerte hasta aquella noche.

—Siga, me tiene intrigado.

—No hay ninguna intriga. Fuimos sorprendidos en una emboscada perfecta. Nuestro grupo desapareció bajo el fuego cruzado del enemigo, y los que quedamos tuvimos que pelear cuerpo a cuerpo. Bill Strassmer fue atravesado por una bayoneta. Otros fueron decapitados a golpes de sable... Quedamos tres con vida. Nos golpearon hasta dejarnos inconscientes. Después, la cárcel, el campo de concentración en el Norte...

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco? Éramos un grupo formado por veinte hombres al mando de un capitán. El capitán creo que intentó huir en un *jeep* de los propios guerrilleros, pero lo volaron de un mortero. Para el Vietcong fue una noche muy provechosa, porque hacía mucho tiempo que andaban locos por cazarnos.

—Comprendo.

Norman se levantó. Había una leve contracción en sus facciones.

Dijo con voz sorda:

—Los que cayeron aquella noche estuvieron de suerte...

Kelly enarcó las cejas.

—¿Tan malo fue lo que siguió?

—Fue peor. Les habíamos asestado golpes horribles, sangrientos. Para ellos era una cuestión de honor cazarnos a todos. La suerte estuvo de su lado aquella maldita noche...

La Noche del Dragón.

—¿De qué dragón está hablando ahora? —se asombró el policía.

—Fue el nombre en clave que designaba la operación que nunca

pudimos llevar a cabo.

—La Noche del Dragón... Esos tipos del ejército poseen imaginación.

—Necesitábamos utilizar nombres clave incluso para nosotros. Los comunistas tenían un fantástico servicio de espionaje en el Sur, y además ofrecían enormes sumas de dinero a quien nos delatara, lo que nos obligaba a movernos con la mayor cautela.

Hubo un silencio. Kelly lo rompió después de unos instantes de reflexión.

—De modo que a Bill Strassmer le ensartaron con una bayoneta...

—Le vi morir.

—Y con él murió el único nexo de unión entre usted y el viejo, lo que nos cierra uno de los caminos de la investigación.

Norman se encogió de hombros y tras despedirse abandonó el edificio policíaco, más intrigado que nunca por aquellos ramalazos del pasado que, si había de creer al teniente, parecían haberle seguido desde el inmenso infierno verde del que nunca creyó salir.

CAPÍTULO X

Una semana después de la entrevista con el teniente, Tom Norman había conseguido adecentar la casa y el jardín, obtenido los servicios de una mujer para que cuidara de la limpieza y comprado un coche con el que ya había realizado dos largas salidas para volver a familiarizarse con su conducción.

También había establecido una cierta cordialidad más íntima con su hermosa vecina.

En realidad, fue Rina Gaillard la que consiguió encontrar a la mujer que cuidara de la casa de Norman.

A juzgar por las apariencias, la violencia parecía desterrada definitivamente de la vecindad. Poco a poco el ex prisionero iba adaptándose al ambiente y a la sociedad, aunque todavía quedaban amargos rastros del pasado.

Pero esos rastros estaban dentro de él, en su amargura aún no desterrada, en sus nervios siempre tensos, en su desconfianza hacia cuanto le rodeaba.

Esa desconfianza le había impulsado a tener siempre a mano la enorme pistola de fabricación rusa que se había traído como recuerdo de guerra.

Incluso ese anochecer, cuando Rina acudió como otras veces para pasar un rato en su compañía bajo el porche, la pistola estaba sobre el alféizar de la ventana.

—Sigues temiendo otro ataque, ¿no es así? —dijo al darse cuenta de la presencia del arma, a la cual ya se había habituado.

—Ciertamente —murmuró Tom—. Si alguien tenía deseos de matarme hace una semana o dos, seguirá teniéndolos hoy, y mañana y al otro...

—Es una situación horrible, ¿no crees?

El se encogió de hombros.

—Las conocí peores. ¿Qué sabes del pequeño?

Ella sonrió.

Había empezado a sonreír de nuevo, que él recordase, sólo un par de días antes.

—Está encantado con mi hermana. Van a la playa todos los días y eso le hace feliz.

—¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Sales a flote?

—Creo que sí, aunque he de reconocer que buena parte de esta reacción te la debo a ti.

—No digas tonterías.

Apartó un montón de revistas y llenó los vasos. La botella estorbaba entre las revistas y los ceniceros y la dejó en el suelo, a su lado.

—De veras, Tom. Tú has conseguido que en los momentos más difíciles no me sintiera tan sola. Los demás vecinos... Bueno, prefiero no hablar de ellos.

Norman sonrió.

—Dales tiempo. En cierto modo, tú y yo hemos venido a turbar la paz de que habían gozado siempre. Ahí es nada, después de lo que pasó con tu marido, el tiroteo ahí en la acera... Pero cuando tengan otro motivo de interés que venga a romper su aburrida monotonía, olvidarán.

La bella muchacha sacudió la cabeza.

—Lo dudo. ¿Sabes que murmuran de nosotros?

—Lo sé.

Ella enarcó las cejas.

—¿Cómo has podido saberlo? Eso es cosa de mujeres.

—Precisamente. La señora Bonner me tiene informado de los comadreos locales. Es lo primero que hace por las mañanas, mientras prepara mi desayuno.

Ambos rieron ante la situación que habían planteado sin proponérselo.

La oscuridad se hizo más espesa. Él se levantó y encendió la luz del porche.

—Por lo menos —dijo—, que puedan vernos. Lamentaría que la oscuridad les amargara nuestra contemplación.

—Tom...

—Dime.

—Antes no reías nunca.

—¿De veras?

—Estás volviéndote humano otra vez.

—Te lo debo a ti en todo caso. Nunca se me ocurre reír cuando hablo con la señora Bonner.

Alargó la mano por encima de la mesa y apresó los dedos de Rina.

—Estuve pensando mucho en nosotros, ¿comprendes? —murmuró

—. Cuando haya pasado un poco más de tiempo...

—Suponiendo que entonces sigas pensando igual.

—Seguro, Rina.

—¿Piensas en mi hijo también?

Si creía desconcertarle se equivocó.

—Desde luego que pienso en él. Hicimos buenas migas Johnny y yo cuando nos conocimos.

—Tom, yo...

El se echó atrás, sonriendo.

—Deja pasar el tiempo —dijo—. Les daremos otros motivos de murmuración a esas viejas cotorras, ya verás.

Tomó el vaso y lo vació lentamente.

En la quieta noche se levantó un aire cálido y húmedo. Casi al instante empezaron a caer gruesas gotas de lluvia que resonaron en el follaje del jardín como sobre el parche de un tambor.

De pronto, la muchacha susurró:

—Quisiera estar segura de que no hablas así sólo por consolarme, por... lástima o algo semejante.

—¿Qué clase de tonterías estás diciendo? Si piensas eso realmente, mírate al espejo alguna vez y hallarás una buena respuesta. Anda, termina la bebida.

Ella tomó el vaso y se lo llevó a los labios.

La lluvia seguía cayendo, mansa, suave, poniendo brillo a la oscuridad de la noche.

Pero la lluvia no podía delatar la presencia de aquella sombra más oscura agazapada en el seto, cerca de la valla.

Una sombra siniestra en la que alentaba la muerte.

—Ya está —murmuró Rina—. Esta noche voy a dejarte que lo llenes otra vez.

—Sin que sirva de precedente —rió Norman.

Se inclinó para tomar la botella del suelo.

En el mismo instante, una pistola tronó y la bala zumbó alborotándole los cabellos.

Sus adiestrados reflejos actuaron una vez más como resortes

tensados al máximo.

Se arrojó contra la mesa, derribándola y tirando de espaldas a la muchacha al mismo tiempo.

—¡Tiéndete, Rina! —rugió.

El rodó sobre sí mismo hacia la ventana. La pistola retumbó por segunda vez. La bala se incrustó a una pulgada de su cabeza con un seco impacto.

De un salto estuvo en la ventana. Atrapó la pistola de un zarpazo y sin detenerse se zambulló en dirección contraria a donde estaba la muchacha, chillando igual que una loca.

Cuando rebotó en el suelo, fuera del porche, levantó la enorme pistola y disparó un solo tiro. La lámpara se hizo añicos y la oscuridad cayó por completo a su alrededor.

Entonces se levantó y echó a correr hacia el seto, allí donde había descubierto el fogonazo del segundo disparo.

Rechinando los dientes, Norman lo olvidó todo excepto sus ansias de matar.

Olvidó la civilización, el lugar en que se hallaba, el riesgo mortal qué le acechaba...

Fue lo mismo como si por un milagro hubiera retrocedido varios años y de nuevo se moviera por la fatídica selva verde y oscura, bajo la lluvia, rastreando a un enemigo invisible que podía descargar su golpe en cualquier instante.

En el seto no había nadie, pero al otro lado de la calle sonaba la carrera de alguien alejándose a toda velocidad.

Tom Norman empezó a correr. Sus movimientos eran ligeros, elásticos como los de una pantera en la selva. Corría sin aparente esfuerzo, casi en silencio, los sentidos alerta captando el más ligero rumor, desentrañando los que producía su perseguido de los que empezaban a resonar por todas partes.

De pronto terminaron las casas y los jardines. Allí el terreno era quebrado, lleno de cascotes, matorrales y oscuridad.

Norman se detuvo, escuchando.

Sólo oía el golpeteo de la lluvia y el susurro del viento.

Ahora, sus ojos ya no parecían muertos ni vacíos. Brillaban con letal determinación. La lluvia y el viento... y algo más. ¿Qué era ese rumor? Unas piedras que rodaban.

A la izquierda.

Brincó hacia adelante y de nuevo sus músculos entraron en acción impulsándole con una velocidad increíble.

Atravesó unos matorrales, empapado, buscando su objetivo.

Lo descubrió mucho más adelante en el instante en que se esfumaba detrás de un enorme montón de tierra y cascotes.

No disparó. Siguió corriendo velozmente y en lugar de rodear el montón de cascotes lo remontó como si volara.

El enemigo se alejaba ya. Había esperado seguramente que él diera un rodeo para cazarle, pero sus pasos le debieron advertir de la maniobra que llevaba a su enemigo a aparecer por encima de su cabeza y huía, una sombra fugaz apenas en la noche.

Tom se detuvo un momento. La pistola que empuñaba, pesada y maciza, bramó en medio de la lluvia y su tremendo estampido se esparció como un sordo trueno.

La sombra que huía desapareció otra vez.

Preso de una excitación salvaje, Norman reanudó la persecución.

Fue una interminable pesadilla, una cacería brutal que convertía a los hombres en fieras ansiosas de matar...

Sólo que la cacería fracasó.

La pieza a cobrar no fue encontrada a pesar de sus tenaces esfuerzos, de su rastrear la noche con la ira y el odio impulsándole implacablemente.

El siniestro asesino se había esfumado.

Tardó mucho tiempo en darse por vencido. Entonces maldijo entre dientes y regresó a buen paso hacia la casa.

Cuando llegó, estaban allí los policías y todo el vecindario.

Y Rina, temblando bajo el porche y que corrió hacia él ajena por completo a los mirones, sintiéndose revivir al comprobar que él estaba vivo después de todo aquel tiempo de angustia y pesadilla.

Se arrojó en sus brazos y empezó a sollozar.

CAPÍTULO XI

—Esta vez no era un aficionado, teniente —gruñó dando por terminado el relato.

Kelly rezongó algo incomprensible. Norman insistió:

—El primer disparo no me alcanzó de lleno porque me agaché para tomar la botella. De no haberlo hecho me hubiera atravesado de lleno. En cuando al segundo se incrustó en la pared a menos de una pulgada de mi nariz, y yo estaba moviéndome como una peonza. El fulano disparaba como un demonio.

—Siga.

—Eso es todo. Le perseguí, pero estaba muy oscuro y llovía. Eso le ayudó a borrar el rastro, amortiguando sus pisadas. De otra forma le habría cazado...

—Y matado.

Tom parpadeó.

—Sí —dijo—. Sólo pensaba en matarlo, como en las selvas... No nos enseñaron a capturar enemigos, sino a matarlos.

—Eso no justifica que traiga la guerra a Los Angeles, Norman.

—No soy yo quien la trajo, ¿lo ha olvidado? Ese fulano pudo matar a Rina por error, como sucedió con Jennie...

Su voz se ahogó. Sintió la presión de los dedos de la mujer en los suyos y eso le calmó.

Kelly dijo:

—Sacaremos esos proyectiles y veremos a qué clase de arma pertenecen. Si también es una que vino de Vietnam la cosa será como para pedir ayuda al departamento de Guerra, en el Pentágono, maldita sea.

—La pistola era una «45» por lo menos.

—Ya... Lo mismo que las otras. Es para volverse *loco*. ¿Qué tiene usted que pueda amenazar a ese matarife, Norman?

—Maldito si lo sé. Me he devanado los sesos tratando de averiguarlo, pero sin resultado.

—¿No sabe tampoco si le hirió cuando le soltó usted un plomo?

—No pude verlo. Desapareció en una hondonada como tragado por

la tierra.

—Quizá hayan quedado huellas. Lo veremos por la mañana, aunque no confío mucho en eso. ¿Está seguro que no quiere que le deje un par de hombres vigilando la casa, Norman?

—Gracias, teniente, pero esta noche no sucederá nada más. Ahora el tipo lo pensará dos veces antes de intentarlo de nuevo.

Refunfuñando, el policía se alejó en busca de su coche. Los agentes habían conseguido despejar la calle y poco a poco el silencio volvió a enseñorearse del jardín.

Rina, sentada en la oscuridad, murmuró:

—Vámonos de aquí, Tom.

—¿Qué dices?

—Si te matan a ti también no podré soportarlo.

—Rina, ¿quieres decir que estarías dispuesta a huir conmigo? —Sí. Tom.

—Estás loca, pequeña. Pero creo que me he enamorado precisamente de tu bendita locura. Sólo que no nos iremos —masculló rechinando los dientes—. Cazaré a ese maldito..., le haré pedazos aunque sea con mis manos desnudas..., aprendí a hacerlo. Le haré pagar el riesgo que te hizo correr esta noche.

Ella supo que era inútil insistir, de modo que calló y se limitó a mirarle en la oscuridad.

El se volvió poco a poco, enfrentándose con ella.

—Olvídalo —murmuró—. Huir nunca soluciona nada.

—La solución es matar, según tu criterio.

—Cuando tratan de matarme a mí, ésa es la solución sin ninguna duda.

Impulsivamente Rina se arrojó en sus brazos sin poder contener los sollozos.

—Temo por ti —balbució—. Pero si crees que es preferible quedarse aquí...

—Eso es lo que creo.

—Está bien.

Levantó la cara y sus labios que temblaban quedaron a una pulgada de la boca de él. Hasta entonces no se habían besado nunca. Su afecto nacía de lo más profundo de ellos mismos y hasta esos momentos las circunstancias que vivían les habían mantenido separados lo suficiente para no dejarse vencer por ningún deseo.

Ahora, Norman la besó fugazmente, apenas un roce en su boca.

—Tranquilízate —murmuró—. Todo saldrá bien.

Se miraron a los ojos largamente. Al fin, ella asintió, separándose de él.

—Hasta mañana, Tom...

—Que descanses.

La vio marchar y no pudo dejar de mirarla hasta que la perdió de vista más allá del seto.

Se dejó caer en la silla de mimbre y encendió un cigarrillo.

Se desesperó durante unos minutos al no poder pensar siquiera en una sola motivación de aquellos atentados.

Sólo la imagen de Rina paliaba su nerviosismo.

La bella imagen de la mujer que acababa de cerrar la puerta de su casa, quedándose apoyada de espaldas a ella, cerrados los ojos, pensando también, anticipándose al futuro...

Soñando tal vez en una quimera que nunca se realizaría.

Después encendió la luz y se internó en la casa.

En la cocina atisbo por la ventana. El porche de Norman estaba oscuro, pero en la oscuridad chispeaba de vez en cuando la brasa de un cigarrillo.

Esa presencia invisible la tranquilizó, al pensar que no estaba sola porque aquel hombre recio, fuerte, duro y resuelto estaba allí, como amparándola.

No recordaba haber experimentado nunca aquella sensación de amparo y seguridad que él le inspiraba.

Con esos sentimientos se acostó.

Ni por un segundo pensó en la muerte.

No obstante, la muerte estaba aterradoramente cerca.

* * *

Kelly, soñoliento, dijo:

—Véalo usted mismo, capitán. Las pistolas proceden de Vietnam. El hijo de Strassmer peleó allí junto a Norman y murió atravesado por la bayoneta de un guerrillero. Norman fue hecho prisionero y poco tiempo después su casa sufrió el asalto de un ladrón que asesinó a su padre... Y ahora, regresa y alguien organiza su funeral una vez tras otra... El capitán Marlowe, un hombre cincuentón, fuerte y que

había ascendido desde abajo a fuerza de tesón, valor e inteligencia, gruñó:

—Resumiendo...

—Resumiendo, la motivación de estos crímenes está en el ejército, en Vietnam, donde todo debió empezar.

—¿Qué opina Norman de eso?

—Nada, no lo cree.

—¿Puede tratarse de un encadenamiento de circunstancias?

—No lo creeré en mil años, señor.

—Entonces, adelante, Kelly. Lleve este asunto de la manera que le parezca más acertada.

—¿Recurriendo incluso al Pentágono, señor?

—Hágalo. Que levanten sus gruesas posaderas de las poltronas y buceen en sus archivos. Tal vez allí conste algún dato que aclare este lío.

Kelly suspiró, satisfecho.

—Me ocuparé de eso inmediatamente. Pero necesitaba consultárselo antes para evitar posibles fricciones si el ejército se muestra quisquilloso.

—Nosotros también podemos ser quisquillosos si nos obligan.

—Gracias, señor.

Se dirigió a la puerta. Antes que saliera el capitán Marlowe comentó:

—Se me ocurre que no estaría de más que tratara usted de dormir un poco, teniente...

—¿Dormir? Casi he olvidado lo que es una cama. Este maldito asunto va a acabar conmigo.

Y salió.

Sólo que Marlowe sabía que ni ése ni ningún otro caso acabaría con el excelente policía que era el teniente Kelly.

No había muchos como él en el Departamento. Kelly llevaba la policía en la sangre y cuando mordía un caso ya no lo soltaba hasta el final.

Marlowe se echó atrás en el sillón basculante. Sin ninguna duda, si alguien había de resolver el maldito misterio ese alguien era Kelly.

Resultaba una suerte contar con hombres en el trabajo como ese duro y enjuto policía...

El rudo y enjuto policía objeto de las reflexiones del capitán

recorrió el laberinto de pasillos que cruzaban el edificio hasta el departamento telegráfico y de claves. Tomó asiento ante una mesa y antes de empezar a trabajar se dedicó a redactar una serie de borradores de cuantas comunicaciones se proponía establecer.

Cuando terminó los borradores pasaron a manos de un operador, los aparatos comenzaron a crepitar y el hilo del misterio se extendió por el espacio como el inicio de una gigantesca tela de araña en la que Kelly confiaba cazar a un asesino implacable que le robaba noches de sueño y parecía dispuesto a sembrar su amada ciudad con cadáveres llenos de plomo.

CAPÍTULO XII

Rina despertó sin saber a ciencia cierta por qué.

La habitación estaba oscura y a través de las cortinas de la ventana entraba una débil claridad que no despejaba las sombras.

Se revolvió en el lecho, entre las tibias sábanas. Envuelta en sueños trató de dormir otra vez.

Entonces oyó el leve chasquido.

Se irguió, inquieta.

Había sido un chasquido metálico, no el rechinar de una tabla del suelo demasiado seca...

Asustada, se disponía a saltar del lecho cuando a su lado se irguió la monstruosa sombra negra.

El terror la paralizó. Ni siquiera pudo encontrar voz suficiente para gritar antes que una garra implacable le aplastara la boca con inusitada violencia, arrojándola de nuevo sobre la almohada y apretándola allí violentamente.

Intentó debatirse, pero hubiera sido lo mismo querer luchar con un pulpo gigante.

Unas manos de hierro la inmovilizaban.

Entonces, una voz bronca y queda gruñó:

—¡Estese quieta o la mataré, estúpida!

El miedo la inmovilizó. El repitió:

—¡Quieta si quiere vivir! Y no intente gritar porque antes que nadie pudiera acudir usted estaría muerta. ¿Entiende?

Ella cabeceó.

La mano que aplastaba dolorosamente su boca se apartó poco a poco.

Rina engulló aire con angustia.

—¿Quién..., quién es usted? —balbució.

—Eso no importa.

—¿Qué quiere...? ¿Por qué ha entrado aquí? No tengo dinero en casa si lo que quiere es robar...

En la negra oscuridad sonó una risita sarcástica.

—No quiero su dinero.

—Entonces, ¿qué?

—Lo sabrá después. Vuélvase de espaldas.

—¿Por qué?

—No tema. Sólo voy a atarle las manos a la espalda, eso es todo.

Ella obedeció temblando desesperadamente.

Sintió la cuerda en sus muñecas, el dolor que le produjo al incrustarse en la carne.

Ahogó un quejido por temor a que el intruso se enfureciera...

Después, él la agarró brutalmente dándole la vuelta.

—Es usted una mujer muy bella —comentó con aquella voz contenida—. Tiene un cuerpo prieto, juvenil. Lástima que no podamos conocernos mejor usted y yo. Levántese.

Ella se deslizó por el lado opuesto de la cama. Se tambaleó y sintió un estremecimiento de frío en todo el cuerpo, apenas velado por el suave camisón de dormir.

—Va usted a hacer cuanto yo le diga si quiere vivir —le advirtió el intruso—. Vamos a donde haya un teléfono.

—Está abajo...

—Bien, adelante.

Le precedió con pasos vacilantes hasta llegar al teléfono, donde se detuvo.

El le advirtió:

—Quiero que sepa que no me importará matarla si provoca dificultades.

—¿Qué quiere que haga?

—Llame a su vecino, eso es todo. Pídale que venga aquí..., convénzale. Eso es todo lo que tiene que hacer.

Rina casi se cayó de espaldas.

—¡No! —jadeó—. ¡Usted es..., usted... quiere matarle...!

—Intuición femenina, ¿sí? —rió el desconocido—. Justamente eso es lo que voy a hacer, de modo que llámele.

—¡No lo haré!

—¿Prefiere que la mate a usted?

—¡Haga lo que quiera! Nunca atraeré a Tom para que usted le mate como a un perro. —Hay maneras muy desagradables de morir, muchacha, maneras horribles que usted ni ha soñado jamás. Peores que cualquier sangrienta pesadilla que pudiera asaltarla en una mala noche... Yo las conozco todas. ¿Sigue negándose a colaborar?

—¡No dejaré que le mate!

—¿Se ha enamorado de él tan pronto? —rió el intruso—. ¿O quizá es sólo un capricho? Reconozco que es un hombre muy atractivo para cualquier mujer, pero hay otros parecidos creo yo.

—¡Oh, cállese!

—Si lo quiere así lo lamento por usted.

Rina sintió que algo suave le rodeaba la cara, amordazándola dolorosamente.

Después, el hombre dijo:

—Voy a explicarle qué pienso hacerle antes de matarla. Y déjeme decirle que ningún hombre merece el sacrificio horrible que va usted a realizar.

Empezó a hablar con voz baja y monótona, como si recitara una lección aprendida de memoria, desapasionadamente, con una frialdad aterradora.

De pronto. Rina se dobló y cuando cayó al suelo estaba inconsciente.

El esperó. No tenía prisa. Después de eso ella colaboraría sin ninguna duda. No existía una sola mujer que fuera capaz de soportar lo que él acababa de explicarle...

Cuando Rina recobró el conocimiento el intruso la levantó en vilo.

—¿Coge el teléfono? —preguntó tan sólo.

Ella asintió con un gesto. Sus ojos desorbitados expresaban todo el horror que era capaz de experimentar.

El la libró de la mordaza, recordándole:

—No le concederé otra oportunidad, así que haga lo que le he dicho... Vencida, Rina descolgó el teléfono y disco el número de Tom Norman.

* * *

El timbre le arrancó de la pesada somnolencia que le había vencido. Descubrió que estaba hundido en una butaca. Con un gruñido descolgó el auricular y dijo:

—Hable.

—Tom, ¿eres tú?

—¡Rina!

—¡Querido...!

—¿Qué te ocurre? Tu voz suena muy rara.
Hubo un breve silencio. El arrugó el ceño, perplejo.
Y de pronto, la voz de la muchacha vibró contra su oído con una violencia terrible:
—¡No vengas, Tom; él está aquí para matarte...!
La voz se extinguió en medio de un quejido prolongado. Después hubo un golpe sordo y la comunicación quedó cortada.
Norman brincó fuera de la butaca. Atrapó la «Tokarev» de un zarpazo y voló fuera de la casa.
Atravesó el seto como un toro furioso y se pegó a la pared de la casa de Rina, escuchando con los nervios tensos.
Cautelosamente avanzó hacia la puerta.
Antes de llegar a ella oyó el chasquido de la cerradura y la puerta giró en la oscuridad más absoluta.
El se detuvo en seco, sorprendido.
Pero se sorprendió todavía más cuando oyó aquella voz:
—Sé que está ahí, Norman. Tengo a su amiga en mi poder y va a pasarlo muy mal si usted no entra desarmado y con las manos en alto.
—¿Quién demonios es usted?
—Lo sabrá en cuanto entre.
—¿Para qué me llene de plomo?
—Habrá de correr usted ese riesgo o ella morirá. Y la manera de morir que le he destinado no es nada limpia precisamente.
—¡Maldito...!
—Decídase. Tiene tres segundos.
—De acuerdo, pero quiero que ella viva.
—No le ocurrirá nada..., está solo inconsciente.
—Voy a entrar.
—Primero arroje su arma aquí dentro.
Tiró la pistola. Hubo un silencio tras el cual avanzó hasta quedar bajo el marco de la puerta.
En el interior la oscuridad era absoluta.
—¿Dónde está Rina? —Gruñó.
—La tengo junto a mí, desmayada. Entre y cierre la puerta, Norman.
Obedeció.
Oscuridad.

Negrura.

Y la muerte acechando.

Como en el pasado. Como en la selva...

Siguió adelante. Tropezó con un mueble y trastabilló.

El otro parecía tener ojos de gato.

—Por la derecha, Norman...

De pronto se encendió la luz y el resplandor le cegó unos instantes.

El intruso era tan alto como él, pero algo más grueso. Llevaba un sombrero hundido hasta las cejas y un trapo oscuro cubriéndole el rostro.

Llevaba una pistola automática en la derecha, mientras con la izquierda sostenía el cuerpo inerte de Rina, de cuyos labios se deslizaba un hilillo de sangre.

Tom sintió todo el furor del mundo acumularse en su interior.

—¿Qué le ha hecho, mala bestia?

—Sólo está desmayada —rió el desconocido—. Tuve que golpearla cuando gritó por teléfono.

—Hijo de perra...

—Insúlteme. Es lo menos que puedo concederle antes de volarle los sesos.

—¿Por qué? Todo esto es absurdo, salvaje...

—¿No lo imagina, Norman, no adivina quién soy?

—No, imposible.

—No obstante, usted me conoce muy bien. Soy un hombre muy importante ahora. Poseo gigantescas empresas de construcción, montañas de acciones, millones, mujeres... y me llamo John Drake.

—Es la primera vez que oigo ese nombre. Usted está completamente loco.

—¿De veras cree eso, de veras cree que un loco ha podido crear un imperio en tres años?

—¡Quítese esa ridícula máscara de una vez!

—Retroceda unos pasos y lo haré..., pero recuerde que la vida de esta mujer será el precio de cualquier intentona suya.

—Está bien, está bien...

Retrocedió y el otro se llevó la mano armada a la cara, dio un tirón y deslizó el oscuro pañuelo hacia abajo dejándolo en torno al cuello.

Apareció un rostro de facciones correctas, ojos muy juntos y boca

firme.

—¿Y ahora, Norman, recuerda?

—¡Wilmot! —jadeó Tom—. ¡El capitán Wilmot!

—Ex capitán para ser exactos. El capitán Frank Wilmot murió en la emboscada, ¿recuerda?

—Eso creímos todos... ¡Wilmot, maldito hijo de una perra! El cobarde que huyó abandonando a sus hombres. Sólo que creímos que había muerto cuando volaron el *jeep*...

—Eso era parte del trato. ¿Comprende por qué debe usted morir? No puedo correr el riesgo de que me reconozcan cuando he alcanzado la cima de la riqueza y el poder en esta ciudad.

—Traidor, cobarde hasta el final... —Su voz era ronca, rebosante de ira—. Nos traicionó, ¿no es eso? Se vendió a los guerrilleros y nos vendió a nosotros...

—Ofrecían una pequeña fortuna a cambio de entregarles nuestro grupo. Estábamos causando verdaderos estragos detrás de sus líneas. Bien..., yo he convertido aquella pequeña fortuna en otra inmensa.

Apenas podía creerlo.

Todos aquellos años de torturas, de infierno, sólo para que un hombre sin honor se enriqueciera. Un hombre que había cimentado su fortuna sobre los cadáveres de los que eran sus camaradas. Los había vendido como reses en el matadero.

El traidor parecía orgulloso de su hazaña sin ninguna duda.

—Establecí mis condiciones con los guerrilleros, desde luego. Hice que colocaran el dinero en un Banco suizo, planeé la manera de desaparecer para el mundo a fin de que el capitán Wilmot muriera también en la emboscada... Sólo dejaron de cumplir una de mis condiciones y eso me ha proporcionado muchos dolores de cabeza, Norman. No les mataron a todos como estaba convenido.

Apenas podía contenerse. Dio un paso adelante, tenso, agazapado, rechinando los dientes.

Wilmot apoyó el cañón de la pistola en el cuello de la inerte muchacha.

—Otro paso, Norman, y verá saltarle la cabeza de los hombros a esta bella muchacha.

—Alguien lo averiguará, Wilmot —masculló—. Alguien lo sabrá alguna vez, no importa de qué modo y será su final.

—Nadie, nunca. Usted es el único y va a morir.

—La policía...

—Usted sabe que la policía no me identificará jamás. Nunca me relacionarán con su muerte, como nunca podrán relacionarme con la de Strassmer ni la de su padre.

Una sacudida eléctrica envaró los miembros del ex soldado.

—¡Mi padre! —jadeó—. ¡Usted también...!

—Por supuesto. ¿No recuerda usted aquella fotografía? Fue el único error que he cometido en mi vida. Una fotografía en que aparecíamos usted, yo y Bill Strassmer. Tuve que recuperar la que usted envió a su padre, pero con el viejo Strassmer la cosa no fue tan sencilla. El me reconoció antes..., su hijo le había escrito y enviado la foto. Tenía que morir también.

Todo parecía girar en torno a Norman. Un torbellino rojo que parecía haberse iniciado en otra lejana noche, La Noche del Dragón, allá en las selvas vietnamitas.

Una noche que se convirtió en una orgía de sangre, terror y muerte. Wilmot seguía hablando con su voz triunfal, pero ni siquiera comprendía sus palabras. La vorágine del odio le envolvía, enloqueciéndole.

—¿No me escucha, Norman?

—Cómo lo hizo quiero saber...

—Ponerme de acuerdo con...

—¡No, no, maldito sea! Convertir a dos desgraciados en asesinos...

Wilmot se echó a reír.

—No lo descubriría usted en mil años que viviera. Fue una idea genial por mi parte. Sólo necesité localizar a dos individuos de sus características, poco cultos, tímidos, fracasados y que amaran a su familia. Lo demás fue fácil.

—Ya comprendo..., les amenazó con matar a su mujer o a su hijo en el caso de Gaillard.

—¡Oh, no! ¿Se da cuenta cómo se necesita una mente privilegiada hasta para fabricar asesinos? De haberlos amenazado, lo más seguro es que, en su cobardía, corrieran a la policía para proteger a sus familias. Fue algo mucho más sutil...

El esperó. Un leve temblor sacudía sus miembros. Una excitación que dolía en lo más profundo de su mente y de su alma porque ahora sabía que iba a matar de nuevo. O morir, eso no importa

mucho.

Sólo era importante el hecho en sí, descarnado de todo dramatismo. Matar a aquel engendro.

—Un médico, Norman, eso fue todo lo que necesité.

La revelación le arrancó de aquella especie de hipnosis mortal que le retenía.

—¿Un médico?

—Hice investigaciones hasta descubrir uno al que pudiera extorsionar..., el resto fue fácil. Obedeció fielmente mis instrucciones. Trabajó bien..., tanto Gaillard como Pierce, mis dos conejillos de indias, murieron con auténtica alegría, porque al morir estaban convencidos de que padecían Leucemia de Ebstein en su forma más fulminante. Morir por morir, prefirieron hacerlo de modo que proporcionaran a su familia un poco de bienestar.

Horrorizado, Norman perdió incluso la facultad de razonar.

—Quería que lo supiera usted, Norman —rió Wilmot—. Lo merecía aunque sólo fuera por haberme dado tanto trabajo para eliminarlo. Rina se agitó débilmente. Un quejido escapó de sus labios ensangrentados.

—Es hora de terminar —dijo el renegado ex militar—. Espero que de ahora en adelante pueda gozar tranquilo y en paz de mi fortuna...

—Recuerde aquella noche, Wilmot, al apretar el gatillo...

—¿Por qué?

—Porque es cuando yo debí morir.

Saltó como una bala contra el asesino. Wilmot disparó y recibió el impacto de aquel cuerpo al mismo tiempo, rodando en confuso montón.

Volvió a disparar pero la bala esta vez se incrustó en el techo.

Tom sentía escapársele la sangre por el costado izquierdo mientras un dolor agudo le penetraba más y más.

Descargó un trallazo contra la cara de su enemigo. La nariz estalló mientras aferraba la mano armada sacudiéndola una y otra vez contra el suelo.

Wilmot rugió, pero al fin hubo de soltar la pistola porque sus nudillos se hicieron pedazos estrellados salvajemente contra las baldosas.

Pero era un hombre fuerte. Se contorsionó violentamente y Norman

salió despedido, tropezó con el cuerpo de Rina y rodó entre un mar de dolor.

Con un rugido, Wilmot se levantó. Su cara chorreaba sangre y sentía la mano derecha igual que muerta a causa de los huesos rotos.

Pero le quedaba la izquierda, y los dos pies.

Clavó la punta de su zapato en el estómago de Tom, revoleándolo de un lado a otro.

Tropezó con una mesilla y la derribó, aplastándola con el impacto.

Wilmot le siguió. Su mirada relucía como la de un demente.

Norman se arrodilló, aturdido, con el costado ardiéndole y perdiendo sangre a chorros.

Sus dedos tropezaron con la pata desprendida de la mesita. La agarró con desesperación y se levantó.

Necesitaba frenar a Wilmot, ganar tiempo para recobrar fuerzas...

El traidor se precipitó sobre él. Tom volteó el pedazo de madera y lo estrelló con tremenda violencia contra el costado de su enemigo.

Wilmot rugió al sentir cómo se hundían las costillas bajo el feroz impacto. Trastabilló, retrocediendo.

Norman le siguió. Levantó la pata de la mesa en el instante en que Wilmot trataba de cubrirse levantando también los brazos.

El bárbaro mazazo cayó y se oyeron crujir los huesos del brazo al quebrarse. Un largo alarido surgió de la garganta del renegado, quien giró sobre sí mismo enloquecido de dolor.

Rina parpadeó, recobrando el conocimiento al oír los alaridos de aquel hombre.

Lo que vio estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento una vez más.

Tambaleándose, Tom Norman seguía al asesino descargando golpes una y otra vez, manejando la madera como un molinete.

Al mismo tiempo gritaba de un modo salvaje como ella no oyera jamás. Wilmot, medio muerto, aún intentaba esquivar, con la esperanza de que Norman cayera antes que él porque apenas podía sostenerse de pie a causa de su pérdida de sangre.

El último batacazo desgarró un lado de la cara del asesino, pero los dedos sin fuerza de Tom perdieron su improvisada arma y retrocedió, tambaleándose.

Wilmot rebotó contra la pared. Ciego, convertido en una masa

informe, tanteó en busca de su implacable enemigo..., tropezó con él y recibió un puntapié que le dobló en dos, sin fuerzas ya ni para quejarse...

Su cara oscilaba, encorvado. Norman retrocedió un paso, cubierto de sangre de arriba abajo. Tomó impulso y lanzó el pie contra aquella cara sin forma humana. Hubo otro estallido de sangre y Wilmot giró sobre sí mismo, derrumbándose definitivamente.

—¡Tom, oh, Tom...!

Se volvió. En medio de la bruma roja que enturbiaba sus ojos vio a la muchacha caída en el suelo, imposibilitada de ayudarlo por tener las manos atadas a la espalda.

Como un borracho se dirigió hacia ella. Todo se volvía oscuro y blando, incluso el suelo. Cayó hacia adelante y su cara chocó junto a Rina.

—¡Tom!

Levantó la cabeza, sin ver a la muchacha. Ella se deslizó hacia él, sollozando desesperadamente.

La cabeza de Norman cayó sobre su busto y se quedó allí, inerte, llenándola de calor y de sangre a un tiempo.

—¡Tom, respóndeme, querido...!

Alguien aporreaba la puerta, pero ella no oía más que el palpitir de su propio corazón y el débil jadeo del hombre.

Al fin, una ventana saltó en pedazos y el teniente Kelly entró de un brinco, pistola en mano.

Se quedó muy quieto al ver todo aquel revoltijo, toda; aquella sangre...

Todas aquellas lágrimas desesperadas que regaban la cara de la mujer y acababan mezclándose con la sangre del hombre.

Cuando salió de su estupor se puso a trabajar.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.
- Ray Brady.

- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.